

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

"MISS FANTASMA"

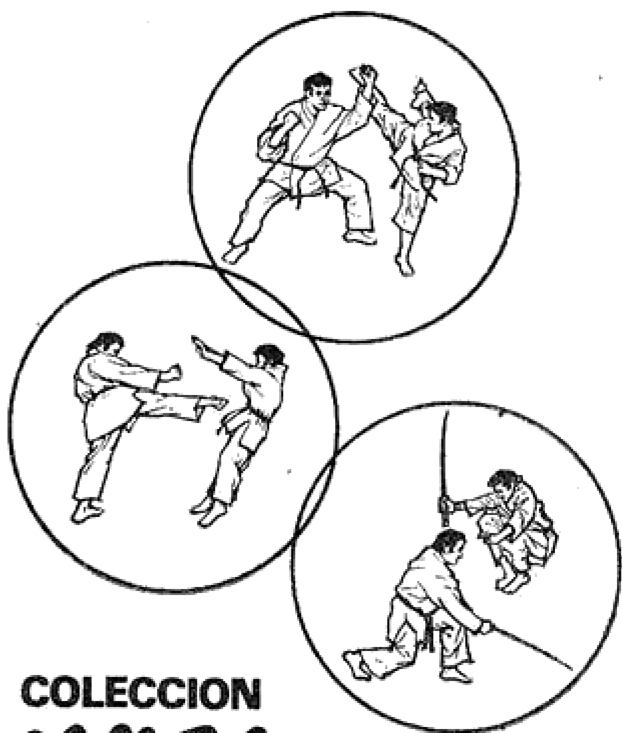
“MISS FANTASMA"

CLARK CARRADOS



Colección
¡KIAI! n.° 31
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

26—El silbido de los «Shuriken» — *Ray Lester.*
27 — El ciego orgullo de la raza — *Clark Carrados.*
28 — La flor del cerezo — *Lou Carrigan.*
29 — Su majestad, la gasolina — *Ralph Barby.*
30 — Locura púrpura — *Curtis Garland.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 20.625 — 1977
Impreso en España — Printed in Spain
1 ª edición: julio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»
Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés
(N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

VESTIDA enteramente de negro, con un traje de una sola pieza que parecía una segunda piel de un cuerpo realmente escultural, la mujer se deslizó silenciosamente por la terraza del rascacielos, hasta alcanzar el borde. Entonces se inclinó y miró hacia abajo.

Las luces de la ciudad se habían amortiguado un tanto, dado lo avanzado de la hora. La circulación de vehículos se había reducido considerablemente. Desde la terraza a la calle había, casi, cuarenta pisos.

Nueve plantas más abajo, había una serie de apartamentos, cada uno de ellos con su terraza individual. La mujer había ido debidamente preparada y una larga y delgada cuerda serpenteó en el vacío.

En torno a su esbelta cintura había un ancho cinturón, del que pendían un par de bolsitas. Comprobó que la cuerda había quedado bien sujeta y luego, sin la menor vacilación, empezó a deslizarse hacia la terraza situada treinta metros más abajo.

La mujer actuaba con la habilidad de un consumado alpinista. Sus pies no hicieron el menor ruido al tocar el suelo de la terraza, en la que abundaban las plantas. De puntillas, se acercó a la cristalera y lanzó una mirada al interior del apartamento.

Estaba a oscuras. Entonces, ella descolgó de su cinturón un aro de metal, pintado en negro mate, y se lo puso en torno a la frente. En la parte delantera del aro había una pequeña lámpara eléctrica.

Muy lentamente, descorrió la puerta vidriera, hasta dejar el espacio justo para que pudiera pasar su cuerpo.

Encendió la lámpara, y la orientó con los adecuados movimientos de cabeza. Al fondo de la espaciosa sala había una puerta entreabierta, de la que salían unos sonoros ronquidos.

Avanzó lenta y cautelosamente. Los rayos de su lámpara iluminaron la figura de una mujer profundamente dormida. Sobre una consola divisó algo que brillaba fascinadoramente.

Descolgó una bolsita. Dos anillos, un collar de perlas y unos enormes pendientes, llenos de rubíes, diamantes y esmeraldas, pasaron al interior de la bolsa. Pero la ladrona no estaba contenta.

Ella sabía que faltaba algo. Su cabeza se movió en todas direcciones, orientando la linterna. De pronto, se encaminó hacia un armario ropero y lo abrió sin hacer el menor ruido.

En el estante superior, había un maletín de fin de semana. Lo abrió y sus labios se distendieron en una sonrisa de satisfacción. La diadema que había en el maletín pasó, igualmente, a la bolsa.

Acto seguido, la ladrona corrió hacia la terraza. Al llegar a una consola situada junto a la vidriera, dejó algo. Luego salió fuera y alargó las manos para asir la cuerda.

Inmediatamente, empezó a trepar. De cuando en cuando, se detenía para descansar, apoyando los pies en alguna ventana. Finalmente, alcanzó el borde superior y quedó a caballo del parapeto.

Miró a todas partes. Le pareció ver, a lo lejos, un destello intermitente de color rojo, pero, en el mismo instante, algo duro y frío se apoyó en su sien.

—Bien, preciosa, veo que hemos acertado —dijo el hombre de la pistola.

Otro individuo surgió de las sombras. Ella, sin mostrar el menor temor, descabalgó y puso los pies en el suelo.

El segundo asaltante alargó sus manos. Ella se estremeció ligeramente al sentir, en sus senos, el contacto de las manos del sujeto.

—Creí que buscaba otra cosa —dijo heladamente.

—¡Oh, sí, claro…!

Las manos bajaron hacia la cintura. De súbito, ella inició el contraataque. Con movimiento velocísimo, dio un paso hacia su izquierda, de modo que el hombre que iba a registrarla, quedase entre ella y el de la pistola. Luego movió el brazo derecho fulgurantemente y el filo de su mano golpeó el cuello del sujeto, justo bajo la oreja.

El hombre cayó, fulminado. Entonces, el de la pistola saltó hacia adelante, con la mano en alto, dispuesto a golpearla con el cañón del arma.

La ladrona elevó ambas manos y asió la muñeca del sujeto. Luego cayó de espaldas y, al mismo tiempo, metió los pies. El pistolero se sintió izado primero en el aire y luego proyectado al vacío.

Un horrible alarido brotó de su garganta al ver que entre él y la calle situada a ciento cuarenta metros más abajo, no había nada. El viento rugió en sus oídos, mientras descendía con creciente rapidez. Más arriba de la terraza, se oyó el paleteo de un helicóptero.

El aparato se detuvo unos segundos a cinco metros de la terraza. Su piloto hizo descender una eslinga, dotada de una especie de estribo, en el que la ladrona metió su pie derecho. Luego, el motorcito auxiliar empezó a actuar y ella se sintió izada hacia la cabina, mientras el piloto, con la palanca de gas, hacía que el aparato se elevase raudamente en el aire.

Abajo, en la calle, algunos noctámbulos empezaban a congregarse en torno al hombre que había caído de las alturas. Alguien avisó a la

Policía. Un coche de patrulla acudió.

En el helicóptero, la ladrona se cambió de ropa. Primero se quitó la capucha del traje, que tenía solamente los orificios necesarios para ver y respirar sin dificultades. Metió el traje de malla en un saco y se puso un *pullover* y unos pantalones.

Media hora más tarde, el piloto hizo que el aparato descendiera en un descampado. Ella le entregó un fajo de billetes.

—Aquí está lo convenido —dijo—. Cuéntelo.

El piloto miró unos instantes a su pasajera. Las luces del cuadro de instrumentos iluminaron un rostro cruzado por una horrible cicatriz que, incluso, había alcanzado al párpado izquierdo, el cual aparecía medio cerrado. La boca, por la misma razón, estaba torcida hacia el lado izquierdo. Aquella mujer, pensó el piloto, debía de haber sido muy guapa en tiempos.

—Está bien —dijo unos segundos más tarde—. Oiga, cuando necesite hacer otro viajecito…

Ella saltó al suelo.

—¡Adiós! —se despidió secamente.

El helicóptero se remontó de nuevo. Cien pasos más adelante, la ladrona encontró un automóvil escondido entre la vegetación. Sentóse tras el volante, dio el contacto, encendió las luces y arrancó.

Sentíase muy preocupada. ¿Quién y cómo había adivinado que aquélla noche iba a dar un *golpe* tan productivo?

* * *

—El señor está leyendo sin duda el relato del nuevo *golpe* de *Miss Fantasma* —dijo Tim Koye, mientras llenaba la taza de café.

Budd Baxter asintió distraídamente. Según el periodista, que no daba demasiados detalles, debido a la premura de tiempo, las joyas robadas alcanzaban un valor de casi cuatrocientos mil dólares. La dueña, Etta Haldane, no se había enterado de nada.

Lo más extraño del caso era que se había producido una muerte. Un tal Genny Tower, había caído de lo alto del Kendon & Security Building, estrellándose contra la acera, después de recorrer ciento cuarenta metros en el aire y sin paracaídas. Tower era un hábil ladrón profesional, pero, sin embargo, no se le reconocían habilidades escalatorias. Nadie comprendía por qué había estado en la terraza del rascacielos ni mucho menos se entendían los motivos de su muerte.

Lo único claramente comprensible era que las joyas de Etta Haldane habían desaparecido y que la dueña había armado un escándalo monumental al enterarse del robo. Pensaba demandar a la gerencia del edificio, por falta de seguridad… precisamente en un

rascacielos construido por una compañía de seguros.

—*Miss Fantasma* —repitió Baxter, pensativamente—, Es la primera vez que opera en el país.

Koye, el sirviente japonés, miró a su amo maliciosamente.

—Apostaría algo bueno a que el señor piensa ponerse de nuevo en campaña —dijo.

—¿Cómo lo has adivinado, Tim? —sonrió Baxter.

—El caso de *Miss Fantasma* ha llamado su atención. Presiento que ha entendido como un reto conocer la identidad de esa famosa ladrona.

—En parte, has acertado también, pero, por otro lado, la perjudicada es una buena amiga. Aquí veo que ha convocado una rueda de prensa.

Baxter siguió leyendo el periódico. Por lo poco que recordaba de la ladrona, hasta el momento todos sus *golpes* habían sido incruentos. ¿Por qué, de repente, se producía una muerte?

—Tal vez compinches disputando por el botín en la terraza —murmuró.

—Una lucha a brazo partido y un hombre salta al vacío —dijo Koye—. Pero, en tal caso, resultó menos fuerte que *Miss Fantasma.*

—O menos hábil. Ella se descolgó nada menos que desde treinta metros de altura. Tower era especialista en cajas fuertes privadas, alarmas de mansiones ricas…, pero, probablemente, no podría subirse a una escalera de mano.

Bruscamente, Baxter dobló el periódico y se puso en pie.

—Asistiré a la rueda de prensa y hablaré con la señora Haldane —decidió—. Luego… bien, quizá haga algo… quizá no…

—La señora Haldane anda rondando ya los cuarenta años, mide casi un metro ochenta y pesa setenta kilos —dijo el criado, socarronamente.

—La amistad no tiene edad, ni se mide ni se cuenta al peso.

—La amistad sincera tiene principio, pero no fin, señor.

Momentos después, Baxter empezaba a vestirse. Cuando terminó, llevaba un traje gris azul algo oscuro, corbata granate y una camelia en el ojal. Sus manos estaban enguantadas, y una de ellas sostenía un bastón de ébano con puño de oro. El sombrero de ala abarquillada le daba aire de próspero ejecutivo, aunque vestido de una forma algo anticuada para su edad.

El conserje del Kendon & Security Building se precipitó hacia la portezuela del «Cadillac» cuando lo vio llegar, conducido por un chófer de uniforme. Baxter se apeó majestuosamente y se volvió hacia Koye.

—Puedes marcharte, Tim; no te necesitaré esta mañana.

El coche se alejó. Baxter penetró en el lujoso vestíbulo del edificio. Otro conserje le abrió la puerta del ascensor. Baxter agradeció el gesto.

El departamento de Etta Haldane hervía de periodista. Los *flashes* estallaban continuamente. Había también un par de cámaras de T.V. La perjudicada hablaba a voz en cuello. De cuando en cuando, soltaba un taco, que provocaba ruidosos estallidos de hilaridad.

Era una mujer alfa, de pechos voluminosos y rostro duro, pero todavía con cierto atractivo. Discretamente situado en un rincón, Baxter se dijo que Etta había cambiado mucho en diez años. El la conoció más delgada.

Al fin, los periodistas empezaron a desfilar. Una doncella empezó a limpiar la sala. Etta Haldane buscó tabaco y encendió un cigarrillo.

De pronto, vio a un hombre sentado en una butaca.

—¡Eh! ¿Qué hace usted ahí? La entrevista ha terminado. Lárguese a contar a su maldito periódico todo lo que he dicho de esa hija de puta que me ha robado casi medio millón en joyas.

—He leído, en la primera edición, que eran sólo cuatrocientos mil dólares, Etta —dijo Baxter apaciblemente.

—Olvidé incluir un par de joyas… Oiga, ¿quién es usted? ¿Por qué se permite esas confianzas?

—Etta, hace diez años me permitía confianzas todavía mucho mayores. Una vez, incluso, nos bañamos desnudos en el río, juntos, claro.

Ella alargó el cuello en el que ya se anunciaba la doble papada,

—Esa cara… ¡Por todos los cornudos del Universo, que son infinitos! ¡Budd Baxter en persona!

—El mismo, Etta. Qué tiempos, ¿eh?

Ella adelantó un par de pasos y le tomó las manos.

—Estás magnífico —dijo, a la vez que le besaba en una mejilla—. Te aseguro que eres lo último que esperaba ver en esta cochina ciudad.

—Bueno, resido aquí.

—Y estás hecho un maniquí… Budd; ¿no habrás cambiado de bando?

—¿A qué te refieres?

Ella hizo un ademán.

—Esa indumentaria… Cuando nos conocimos eras un toro…

—Sigo con las mismas aficiones —rió él—. No, no se me ha ocurrido pasarme a la otra acera.

—Lo celebro infinito. ¿Quieres una copa, Budd?

—Mejor café, Etta.

—Sí. ¡Millie, café para dos! —gritó la mujer.

—Bien, señora —contestó la doncella.

Baxter la miró de reojo. Era joven y muy esbelta y había una extraña malicia en sus ojos. Pero Etta le agarró por una mano y tiró de él hasta un diván cercano.

—Bien, cariño, y ahora, cuéntame. ¿Qué diablos quieres de mí?

—He leído la noticia y me ha interesado. ¿Es cierto que lo hizo *Miss Fantasma*?

—Según dice la Policía, ella fue. Aquí dejó una pegatina que es una silueta blanca, como de un fantasma… Por lo visto, es su sello, aunque ella también se mueve como los fantasmas… ¡Pero, demonios, Budd, se me ha llevado casi medio millón…!

—Siempre fuiste muy descuidada Etta —le reprochó Baxter.

—Estoy a cien metros de la calle. Hay treinta hasta la terraza. La puerta es casi blindada. Anoche acudí a una fiesta y ya no tenía ganas más que de meterme en la cama. ¿Quién diablos iba a suponer que *Miss Fantasma* tendría la ocurrencia de robarme?

Millie, la doncella, vino con la bandeja.

—¡Déjanos solos! —ordenó Etta.

—Sí, señora.

—Continúa, Budd, ¿qué estabas diciendo?

—Decía que eres muy descuidada, Etta. Claro que, por otra parte, nadie podía suponer que *Miss Fantasma* fuese lo suficientemente hábil y audaz como para descolgarse de lo alto de la terraza. Pero hasta ahora, que yo sepa, no se habían producido muertes en ninguno de sus *golpes* anteriores.

Etta se encogió de hombros.

—Eso no me importa en absoluto —dijo—. Te aseguro que si la pillase por mi cuenta, iba a tener que usar silla de ruedas para el resto de sus días. Con lo mío nadie juega a bandido generoso, ¿comprendes?

Capítulo II

—LO dijo uno de los policías —continuó la mujer, después de encender un cigarrillo—. Según parece, *Miss Flint asma* es un Robin Hood de la era espacial. ¡Cuerno para todos los bandidos generosos! Yo he trabajado como una mula… Cuando nos conocimos, me tomaba mis primeras vacaciones en doce años… Estuve casi quince en la cantina de aquella mina perdida en la sierra. Sí, hoy día todavía hay pueblos mineros…, pero aquellos desgraciados buscaban oro y no supieron encontrar la fortuna que tenían bajo los pies…

Los senos de la mujer se agitaban violentamente a cada frase que escupía, como si fuesen trallazos.

—Mi difunto Larry tenía la cantina… Sí, un pueblo como el de las películas del Oeste, sólo que ahora había automóviles, y radio, y televisión… Pero allí no había oro ni para media docena de anillos de boda, de manera que la gente empezó a marcharse y nos dejaron llenos de deudas, que pagaron con sus títulos de propiedad, que no valían ni el papel en que estaban escritos. Entonces fue cuando llegó aquel chiflado con su detector Geiger… y empezó a recorrer la comarca y Larry le acompañó y un día, como sabes, se mataron por aquél desfiladero, porque la mula se les espantó por una serpiente, que ni siquiera era de cascabel… La maldita mula empujó a Larry, éste chocó contra el buscador de uranio… y yo me quedé sola.

—Y dueña de uno de los mejores yacimientos de uranio del país —sonrió Baxter.

Etta tiró el cigarrillo contra un cenicero.

—¡Mierda, esto no sabe a nada…! —Abrió una caja y extrajo un cigarro habano—. Eso sí es tabaco… Cuando me llegó la fortuna, yo ya llevaba trabajando desde los catorce años… Una vez, para comer, tuve que venderme a un hombre… Y ese Robin Hood con faldas viene ahora a robarme lo mío, para dárselo a los pobres… Pero, ¿qué se ha creído esa asquerosa prostituta? Todo lo que tengo, aunque me viniera la fortuna de golpe, lo he sudado, ¿entiendes, Budd? No lo he heredado… No es como si robase a mi hijo que, si tuviese uno, ahora se encontraría con un montón de millones en el Banco, sin haber dado golpe… Yo he trabajado de veras y si me gustan las joyas, ¿a quién cuernos le importa? ¿O es que no estamos en un país libre?

Etta dio un par de chupadas al cigarro.

—Por cierto, ¿qué haces ahora? —preguntó.

—Tengo una agencia de recortes de prensa. Digest Press —contestó

él.

—Una agencia…

—Si. Hay ciertas personas a las que les gusta estar informadas de todo cuanto se publica de ellas, en el país. Incluso en el mundo entero, Etta. Entonces, se recorta el artículo o la fotografía o el comentario y se le envía al cliente.

—Vaya un negocio —refunfuñó ella—. ¡Eso significa que también habrás recortado noticias sobre mí! —exclamó.

—Mis empleados —puntualizó él.

—Bueno, lo mismo da. ¿Te marcha bien el negocio?

—No puedo quejarme.

Etta le dirigió una mirada oblicua.

—Hace diez años nos bañamos juntos en el río y luego en la hierba… Eras un tío estupendo, Budd.

—Gracias, preciosa.

—Diez años… diez siglos… —suspiró la mujer—. Yo tenía veintinueve entonces y tú…

—Ocho menos.

Ya, Budd, si es cierto lo que dices de tu agencia, tendrás recortes de *Miss Fantasma.*

—Supongo que sí. Todavía no he hablado con mi director.

—La ladrona generosa —dijo Etta, despectivamente—. Apuesto a que no sabe qué es trabajar de veras, comer judías y tocino días y más días, sin ver una naranja ni un plato con patatas y verdura…

—Parece ser que ahora te has desquitado —dijo Baxter maliciosamente.

Etta lanzó un gruñido.

—Me he descuidado —admitió—. Pero es que no puedo controlar mi estómago. He pasado tanta hambre en esta vida…

Millie, la doncella, apareció en aquel instante.

—Señora, su masajista —anunció.

Etta se puso en pie, sin dejar de sujetar el habano con los dientes.

—¿Cuándo vienes a cenar conmigo, Budd? —propuso.

—¡Oh!; cuando te parezca bien…

—En otros tiempos, me habrías dicho algo menos evasivo. Pero no temas, será una cena de buenos amigos. Esta figura es un remedio contra la lujuria —dijo ella, riendo estruendosamente.

Baxter observó que la doncella se tapaba la boca con una mano. Millie era una chica muy atractiva, pero, sin embargo, había algo en su rostro que no acababa de gustarle. Tal vez… demasiado lista, pensó.

En el interior de la casa sonó el vozarrón de Etta Haldane,

apostrofando al masajista, a quien acusaba de sacacuartos. Baxter meneó la cabeza. «Genio y figura…», pensó.

* * *

El rostro de Denis, director de la Digest Press, expresó claramente sus sentimientos cuando Baxter le hubo formulado su petición.

—De modo que el caballero se aburre y piensa volver nuevamente a las andadas —dijo.

—Etta Haldane es una antigua amiga —se defendió Baxter—, Le han robado medio millón en joyas…

—¡Ojalá hubiese invertido toda su fortuna en joyas! ¡Ahora tendría que salir por las calles a pedir limosna!

—Denis, no me digas que odias los brillantes y las perlas —se asombró el joven.

—Cuando se pasa de cierto límite, sí. ¡Con la de miseria que hay en este mundo!

—Vamos, vamos, no me vengas ahora con consideraciones más o menos morales. Etta es mi amiga.

—Es la primera vez que oigo hablar de la amistad entre un ser humano y un rumiante de la familia de los bóvidos —dijo Gray sarcásticamente.

—Denis, no hables así; tú no sabes qué fuerza tiene Etta en la mano derecha. ¡Si se enterase de que la has llamado vaca!

—He dicho solamente la verdad. Está bien, buscaré todos los antecedentes posibles de *Miss Fantasma.*

—Y también de Genny Tower.

—¿El ladrón muerto?

—Sí.

—No tendremos nada en los archivos, Budd.

—¿Por qué?

—No es cliente de la agencia…

—Pero hay clientes a los que Tower pudo haber robado. Denis, ¿para qué tenemos un ordenador, con cientos de miles de datos, debidamente procesados y almacenados en las cintas correspondientes?

—Bien, bien, no se hable más —rezongó Gray—. Tendrás lo que me pides, pero no olvides…

—Sí, para estos casos, soy un cliente más de mi propia agencia. Debo pagar los gastos, ¿no?

—Mi obligación es servir al cliente, pero también obtener beneficios.

Baxter se echó a reír.

—Cuando sea Presidente, te nombraré Secretario de) Tesoro — dijo.

Apretó una tecla y la imagen se esfumó de la pantalla. Acto seguido, Baxter se levantó y abandonó el departamento secreto, desde el que se comunicaba con su agencia por medio de líneas directas de radio y T.V.

Hacía ya bastante tiempo que se había hecho montar aquel cuarto de comunicaciones. En realidad, era un método rápido y eficaz para conseguir mayores rendimientos en su trabajo. Raras veces comparecía Baxter personalmente en la agencia, eficazmente dirigida por Gray, Había, allí, un montón de empleadas, todas ellas jóvenes y bonitas, y sabía el alboroto que se organizaba cada vez que iba. Gray había acabado por suplicarle una ausencia total. Baxter no era hombre pagado de sí mismo, pero sabía ser imparcial cuando el asunto lo requería.

El cuarto de comunicaciones quedaba oculto por un panel de la pared, que lo disimulaba por completo. Muy pocos conocían la existencia de aquel departamento y, una vez que el panel volvía a su sitio, la sala adoptaba un aspecto enteramente normal.

De pronto, Baxter oyó un ligero ruidito a sus espaldas. Al volverse, vio a Koye que cargaba contra él, blandiendo un cuchillo de cocina de pavoroso aspecto.

El criado lanzó un penetrante grito:

—*¡Kiai!*

El cuchillo descendió hacia su frente. Veloz como el pensamiento, Baxter alargó las dos manos y asió la muñeca de Koye. Giró el pie izquierdo un cuarto de vuelta a la derecha, retiró el pie derecho y Koye, inclinado forzosamente hacia adelante, sintió que el brazo armado quedaba aprisionado por el codo de Baxter, quien lo bloqueó bajo su sobaco, sin por ello soltar la muñeca armada.

Koye estaba derrotado y lo reconoció, golpeándose el muslo con la mano izquierda. Entonces, Baxter lo soltó y, separándose unos pasos, hizo una profunda reverencia.

Koye se inclinó, también.

—El señor ha realizado una perfecta defensa contra el *Kiri-komi* o corte a la cabeza —elogió—. Debo sentir lástima por un futuro atacante del señor, que intente derribarle por este procedimiento.

—Yo me siento profundamente agradecido al maestro que tanto me enseña a diario —contestó Baxter, no menos cortés.

Budd Baxter era un maestro en las Artes Marciales Orientales, lo mismo que su criado, quien, casi de continuo, realizaba ejercicios, sobre todo de improviso, variando los golpes y las técnicas en cada ocasión. Baxter se había visto más de una vez en serios compromisos,

de los que había salido adelante merced a su habilidad; sin que hubiese tenido necesidad de emplear otras armas que sus manos. Aparte de ello, acudía con frecuencia a un gimnasio, a fin de hallarse en todo momento en perfecta forma física. Una vez más, Koye había simulado un ataque, del que Baxter se había defendido con habilidad poco común.

—El señor tendrá algún proyecto con respecto a *Miss Fantasma* —dijo Koye, a continuación.

—Sí, tengo el proyecto de encontrarla… y comprobar si es tan hermosa como dicen —sonrió Baxter.

—Pero nadie le ha visto la cara, jamás, señor.

—Tiene un cuerpo de diosa, aseguran… y una mujer con esa silueta no puede ser fea, Tim.

* * *

El hombre era joven y tenía el pelo negro y grandes patillas. Vestía cazadora de loneta, camisa con bolsillos y tejanos. Pendiente de los labios llevaba un cigarrillo humeante al acercarse a la ventanilla del Banco.

—Por favor —rogó—, cámbiame este billete.

Era de cien dólares y el cajero lo examinó críticamente durante unos segundos. Luego miró hacia abajo.

—Aquí no tengo —contestó—. Aguarde un momento, por favor.

El Banco estaba casi solitario en aquellos instantes. Jack Sheen quedó apoyado en el mostrador. De cuando en cuando, sacudía negligentemente la ceniza de su cigarrillo.

De pronto, vio que se detenía ante el Banco, un coche policial. Sheen no le dio importancia. Debía de ser una parada de rutina, pensó.

Dos hombres uniformados entraron en el Banco. Uno quedó cerca de la puerta. Otro se acercó al mostrador.

—¿Es éste? —preguntó al cajero.

—Sí, *sheriff*.

Sheen sintió que le tocaban el hombro con una mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Acompáñeme —dijo el hombre de la estrella.

—Pero ¿qué diablos…?

El otro policía se acercó cautelosamente. Sheen empezó a sentirse muy aprensivo.

—¡Por mil diablos!; ¿quieren hablar de una vez? —clamó.

—Le ruego que no se resista. Si me promete portarse bien, no le pondré las esposas —dijo el *sheriff* de rostro granítico—. Lo siento

mucho, pero ese billete de cien dólares que ha entregado al cajero es falso.

Sheen se quedó con la boca abierta. Era el primer billete que cambiaba, de los que le había entregado *Miss Fantasma*, dos noches antes. En casa tenía cuarenta y nueve billetes más. Los había visto antes de salir; todos tenían los números consecutivos y parecían recién salidos de la Fábrica de Moneda.

En un instante, comprendió el engaño de que había sido objeto.

—Esa mujer… —dijo, hirviendo de furia—. Me ha estafado…

—¿Qué mujer? —preguntó el *sheriff*.

Sheen pensó que no merecía la pena guardar consideraciones con la persona que le había engañado tan miserablemente. De sobra sabía que el contrato era algo no demasiado legal, pero nunca había llegado a sospechar que se viese complicado en un caso que podía costarle muy caro.

Ella le acompañaría a la cárcel, se dijo.

—Vamos, conteste —insistió el policía—. ¿A qué mujer se refiere?

—*Miss Fantasma* —respondió Sheen, sin vacilar.

Capítulo III

AL atardecer, Baxter entró en el cuarto de comunicaciones, se sentó ante uno de los televisores y presionó la tecla de conexión. Momentos después, veía la imagen de Gray, con unos papeles en la mano:

—Esa *Miss Fantasma* es toda una artista en su género —dijo el director de la Digest Press—. Escucha atentamente.

Baxter se había arrellanado en el sillón. Lo que veía y escuchaba era una reproducción del mensaje enviado por T.V.

—Te daré las cifras, traducidas a dólares, y lo comprenderás muy pronto —siguió Gray—. Número uno, Anneliese von Worstuck, Berlín, trescientos ochenta y cinco mil dólares en joyas. Número dos, Chantal du Moudun, París, cuatrocientos veinticinco mil dólares, también en joyas. Número tres, Cayetana López Segovia y de Linares, Madrid, cuatrocientos diez mil. Número cuatro, Chiara di Pontenuovo, Roma, quinientos once mil. Número cinco, Millicent Mawrer, Londres, trescientos noventa mil. Y número seis, Olga van Rendstijk, Amsterdam, cuatrocientos setenta mil. Si añadimos los cuatrocientos noventa mil, dólar más o menos, de tu amiga Etta Halden, tenemos que *Miss Fantasma* ha conseguido la friolera de dos millones seiscientos once mil dólares en joyas, ella sólita, sin cómplices, al parecer.

La cifra, desde luego, era mareante. Más de dos millones y medio de dólares.

—¡Tómate una copa para reponerte! —rió Gray. En realidad, aquella carcajada había sido emitida un par de horas antes—. ¡Ah!; y en sobre aparte, por correo, te envío fotocopias de todos los recortes de prensa que hablan de los casos citados. ¡Buena suerte y buena caza… y buena factura a la perjudicada!

Baxter apagó el televisor. Siete mujeres muy ricas habían sido despojadas de sus joyas, en siete ciudades distintas y en distintos países. De repente, se le ocurrió que, precisamente, aquella característica —parecía como si no hubiese relación alguna entre las perjudicadas—, ofrecía la sensación de que hubiese algo en común entre ellas.

Había otro detalle más a tener en cuenta. Las joyas, en efecto, valían aquella enorme suma. Pero solamente en manos de sus poseedoras. Una persona que las tuviese ilegalmente, debería venderlas a un precio notoriamente inferior.

—A menos que se trate de una mitómana —se dijo.

Tal vez a *Miss Fantasma* le gustaba contemplar su colección de joyas, entrar en algún cuarto secreto, levantar la tapa de una gran caja y creer que era el cofre del tesoro de un pirata.

La mente humana era insondable. *Miss Fantasma* disfrutaría tanto en la contemplación de las joyas, como con el pensamiento de que las propietarias ya no las tenían. Pero, en el fondo, esto era menos importante que conocer la identidad de una mujer con el valor suficiente para descolgarse desde treinta metros de altura.

Abandonó el cuarto. Koye le entregó el periódico.

—Una noticia muy interesante, señor —informó—. Ha sido detenido el piloto del helicóptero que recogió a *Miss Fantasma* después de que ésta hubiese cometido su fechoría. Ella le pagó con dinero falso y el tipo fue detenido en el momento de cambiar un billete de cien dólares.

—¡Demonios! —se sorprendió Baxter—. Además de ladrona, falsificadora. ¿Es que no tiene bastante con robar joyas?

Koye sonrió ladinamente.

—Algunas mujeres son insaciables, señor. Pero hay más: el piloto se ha enfurecido por lo que estima un engaño de *Miss Fantasma* y ha dado una descripción de su aspecto personal. El periódico trae una reproducción de la foto robot hecha de acuerdo con las indicaciones del piloto.

La fotografía estaba en páginas interiores. Baxter parpadeó al ver el rostro horriblemente desfigurado.

—¡Es un monstruo! —exclamó, sin poder contenerse.

* * *

La joven estaba sentada ante una mesa. En el cenicero había ya varias colillas. Su pie derecho golpeaba el suelo con frecuencia, síntoma indudable de la impaciencia que la poseía.

Un hombre entró en el bar y miró distraídamente a todas partes. Luego, con aire displicente, se acercó a la mesa y se sentó frente a la joven.

—Has tardado mucho, Roy —se quejó ella.

—Millie Murphy, me ha sido imposible venir antes. ¿Qué quieres?

—Algo marcha mal —dijo Millie—. Yo le puse el narcótico aquella noche, como me dijiste, pero no he visto un solo centavo…

Roy Holbrook sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Tower se mató —dijo.

—He leído los periódicos. Pero yo estaba abajo…

—¡Maldición, Millie!; las cosas no salieron como esperábamos.

—Roy, tú dirás lo que quieras o se te antoje, pero tienes que

cumplir lo prometido. Mañana espero la respuesta. O te enterarás de quién es Millie Murphy.

La joven se levantó y agarró el bolso.

—¡Podíamos habernos forrado, imbécil! —se despidió secamente.

Holbrook quedó en el mismo sitio, rascándose pensativamente la mejilla con el pulgar. Millie tenía un genio de todos los demonios… pero él conocía a alguien que aún lo tenía peor.

La doncella de Etta Haldane se había convertido repentinamente en un problema. Algo habría que hacer para resolverlo, pensó.

* * *

Etta Haldane puso dos cubos de hielo en el vaso y se lo entregó a su visitante.

—La Policía sigue sin averiguar nada —dijo—. *Miss Fantasma* ha desaparecido como si de veras fuese un espectro.

Baxter tomó un sorbo. Cruzó las piernas y miró críticamente a la mujer que tenía frente a sí.

—Etta, *Miss Fantasma* ha robado a seis mujeres, antes que a ti. El monto total asciende a dos millones seiscientos mil dólares. Ahora bien, yo pienso que esos robos tienen algo en común… todos han sido cometidos contra mujeres de tu edad, aproximadamente, y todas ellas son viudas o divorciadas. ¿Conoces a alguna mujer que tenga algún resentimiento contra ti?

—Más de una, pero todas las que conozco son mujeres de mineros. En aquel pueblo de la sierra yo tenía mucho éxito con los hombres. Pero, créeme; ninguna de ellas tiene dinero suficiente para comprarse un anillo de metal dorado con un trozo de culo de vaso más o menos tallado.

—¡Eres pintoresca! —rió Baxter—. De modo que las que podrían considerarse como tus enemigas no son ricas.

—No, absolutamente no.

—Alguna, tal vez, pudo casarse con un hombre rico…

—Budd, *Mis Fantasma* ha robado en el extranjero antes de empezar en este país. Ninguna de las mujeres que yo conocí era extranjera. Todas, absolutamente todas, habían nacido aquí, en Estados Unidos.

—Quizá alguna se marchó del país…

—¡Hombre, no digas tonterías! Mis *enemigas* me romperían una botella en la cabeza, me pegarían un tiro a lo sumo… ¡pero si *Miss Fantasma* se descolgó desde treinta metros y, ahora, todas aquellas prójimas son más viejas y están más gordas que yo…! No, decididamente, mi caso no tiene nada que ver, en absoluto, con lo que *Miss Fantasma* haya podido hacer en Europa.

—Bien, dejemos esto por el momento. Etta, tú dormías cuando ella te robó.

—Sí, como un leño.

—¿Habías bebido?

—Un par de tragos, pero no lo suficiente para considerarme embriagada, ni mucho menos.

—Ella encontró rápidamente las joyas. Tuvo que pasar algunos minutos, sin embargo, en tu departamento… ¿Cuándo te enteraste del robo?

—Bueno, a la mañana siguiente…

—¿A qué hora te despiertas, habitualmente?

—Muy temprano, a menos que me haya pasado la noche en vela. Y esa noche, antes de la una de la madrugada, ya estaba dormida. Debería haberme despertado entre siete y ocho…

—Y no fue así.

—No. Calla, la muchacha entró a las nueve, extrañada de no verme en pie…

—¿Tomaste algo antes de acostarte?

—Sí, un vaso de leche fría. Millie lo había preparado ya.

Etta abrió los ojos.

—Oye, no irás a sospechar de mi doncella. La contraté con unos magníficos informes —exclamó.

—¿Notaste algún sabor raro en la leche?

—¿Cómo? ¿Es que sospechas que me puso un narcótico? ¡Si esa zorra estaba de acuerdo con *Miss Fantasma*, te juro que…!

—Calma, Etta, calma, no te precipites. De momento, ya tenemos una pista.

—¿A qué te refieres, Budd?

—*Miss Fantasma* fue recogida por un helicóptero previamente contratado, cuyo piloto debía llegar a una hora convenida. El piloto percibió cinco mil dólares, pero ella le pagó con billetes falsos.

—¡Rayos!

—En consecuencia, el piloto se ha enfadado y ha descrito su aspecto.

Baxter había llevado consigo un recorte de periódico y se lo enseñó.

—¿La conoces?

—No —respondió Etta inmediatamente—. Jamás la he visto… Pobre chica, con ese rostro, debe sentirse muy desgraciada.

Miró a su visitante.

—Pero, ¿cómo se dejó ver la cara? —preguntó.

—Ese es un punto que me intriga sobremanera. Nadie, hasta ahora,

la había visto con el rostro descubierto. De pronto, lo enseña. ¿Por qué?

—Budd, ¿qué demonios te interesa a ti tanto, de este caso?

—Voy a decírtelo con toda claridad: me interesa por cuarenta y nueve mil dólares.

—Eso es la décima parte de lo que valen las joyas que me robaron.

—Sí.

Baxter se puso en pie.

—Me has defraudado —se quejó ella—. Creí que lo hacías por amistad.

—Debo vivir, Etta.

—Ya. Bueno, si recuperas las joyas, tendrás los cuarenta y nueve mil dólares.

De pronto, Baxter se echó a reír. Se acercó a la mujer, la besó en una mejilla y dijo:

—Era una broma, querida. Pero alguien me obliga a que te cobre los gastos. Es lo menos que puedo pedirte, ¿no?

Millie apareció en aquel instante.

—Señora…

Etta se volvió.

—¿Qué sucede, Millie?

—¿Desea la señora que le sirva el té?

—No. Millie, lo que quiero es un vaso de leche, bien cargado de narcótico.

* * *

Baxter se sobresaltó, mientras se producía un intenso silencio en la estancia. Miró a la doncella y la vio roja como una guinda.

Etta la vio también y saltó hacia ella.

—¡Ah, condenada puta, hija de una mula sarnosa y de un caballo tísico! ¡Conque fuiste tú…!

Las fuertes manos de Etta agarraron el pelo de Millie, tirando de ella a derecha e izquierda, unas cuantas veces. Luego se soltó la mano derecha y le propinó dos tremendas bofetadas, que sonaron como pistoletazos.

Baxter corrió a interponerse entre las mujeres. Millie chillaba frenéticamente, loca de terror por el inesperado ataque de Etta, quien, por su parte, seguía empleando un horrible lenguaje. Al fin, Baxter, comprendiendo que no conseguiría nada con palabras, hundió el codo en el blando estómago de Etta y la dejó sentada en el suelo.

—¡Budd, eres un canalla! —gritó Etta—. Ya no te considero como

amigo…

—¡Cállate! —cortó el joven, de mal humor—. Es cierto que has confirmado las sospechas, pero también has cometido un grave error.

Millie, con el cabello completamente en desorden, sollozaba en un rincón. Baxter se acercó a ella.

—Millie, por favor…

La doncella sacó un pañuelo y se limpió los ojos.

—Lo siento… Yo… no quería… Me obligó…

—¿Quién? —preguntó Baxter.

—Mi… mi novio.

—¡Ah, esta zorra tenía un novio! —bramó Etta—. Será su chulo, su explotador…

—¿Quieres callarte de una vez? —dijo Baxter, malhumoradamente —. Millie, puede que la hayan obligado, pero el caso es que a la señora Haldane le han robado casi medio millón en joyas. Ella sólo trata de recuperarlas… y aunque usted haya sido cómplice de los ladrones, le pagaría una bonita cantidad si se decidiera a ayudarnos.

—¿Yo, pagar un solo centavo a esa individua? —chilló Etta—. Tiene suerte de estar donde está; en otros tiempos la habría azotado…

—Ahora está aquí y nos va a ayudar —cortó el joven secamente—. ¿No es cierto?

Millie hipó un par de veces.

—Se llama Roy Holbrook —dijo—. Mañana tengo que entrevistarme con él en un bar de la calle Ciento Veintiocho Este…

Capítulo IV

ROY Holbrook estudió el interior del local desde la puerta y decidió que debería aguardar a Millie. Eligió una mesa, pidió una copa y encendió un cigarrillo.

A los pocos momentos, se le acercó la camarera.

—Dispense, lo había olvidado —dijo—. Millie está en el reservado número cinco.

—¡Ah, muy bien!

Holbrook dejó unas monedas sobre la mesa. La camarera contó el dinero y acanutó los labios despectivamente:

—¡Generoso! Con media docena de clientes como tú, me compraré un «Rolls».

—¡Muérete! —contestó Holbrook.

Subió al primer piso y abrió la puerta. En lugar de Millie, vio a Baxter.

—Entre, Roy, entre —invitó el joven, sonriendo—. Soy Millie, pero me he disfrazado, ¿sabe?

Los ojos de Holbrook estudiaron críticamente el rostro del hombre que estaba sentado frente a la puerta, con la mano derecha en el interior de la chaqueta. La otra mano se movió amistosamente.

—¡Entre, entre! —dijo Baxter, de buen humor—. No se quede ahí afuera.

Holbrook decidió que el desconocido tenía la mano en una pistola, entró y cerró a sus espaldas.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó hostilmente.

—Me envía Millie Murphy…

—No conozco a esa señora.

—Señorita. Es la doncella de Etta Haldane. Hace tres días le robaron medio millón en joyas.

—Leo los periódicos, en efecto.

—Y usted le entregó un narcótico a Millie, para que lo pusiera en el vaso de leche que la señora Haldane suele tomar al acostarse. Lo ha declarado ella, Roy, no me lo he inventado yo, puedo asegurártelo.

Holbrook maldijo entre dientes.

—No se puede uno fiar de las mujeres —rezongó.

—¡Según de qué mujeres! —rió Baxter—. Dígame, Roy, ¿cuál era el pían? ¿Pensaban robar, usted y Tower, las joyas de la señora Haldane?

—¡Eh, poco a poco!; yo no tomé parte en el asunto. Sólo le di el

narcótico a la chica.

Baxter estudió al individuo. Era bastante apuesto. Posiblemente había sabido engatusar a Millie.

—Bien, entonces, ¿qué sucedió?

—¡Oiga, no se apresure! Ayer estuvo Millie aquí, para pedirme dinero. Dijo que se iría de la lengua si no soltaba la *pista*… ¿Qué la ha hecho cambiar de opinión? —exclamó Holbrook.

—Simplemente, ha pensado que ganaría más diciendo la verdad. No tendrá el dinero prometido, pero tampoco irá a parar a la cárcel. Yo supuse que ella había puesto un narcótico en la leche… y resultó ser verdad.

—¡Esa condenada zorra…! Oiga usted, como quiera que se llame…

—Baxter, George Washington Baxter. Pero como resulta muy pomposo, prefiero que los amigos me llamen Budd. Siga, Roy, por favor.

—Bien, yo no estuve allí. Mi papel era convencer a Millie para que pusiera el narcótico en la leche. Eso es todo.

Baxter arqueó las cejas.

—¡Ah, usted no estuvo en la terraza con Tower! —dijo.

—No.

—Eso significa que hay más gente complicada en el asunto.

—¡Maldición! ¿Por qué diablos se habrán tenido que estropear las cosas? —exclamó Holbrook, de mal talante—. También a mí me engañaron. Dijeron que entrarían en el apartamento, cuando la señora Haldane estuviese dormida. Pero se fueron a la terraza…

—Tower y el otro. ¿Quién es, Roy?

—Me lo presentó Tower. Sé que se llama Calhoun; es todo lo que puedo decirle.

—Bien, al menos, ¿puede hacerme una descripción?

—Es… algo más bajo que yo, tiene unos cuarenta años y las cejas muy espesas. Camina de una forma algo extraña… con la pierna derecha rígida, como si estuviese lisiado… Lo único que yo tenía que hacer era conseguir que Millie utilizase el narcótico. Ellos se encargarían del resto, pero nunca me imaginé que se irían a la terraza.

Baxter frunció el ceño. ¿Por qué, teniendo vía libre, no habían entrado en el apartamento?

—Holbrook, ¿sabe dónde puedo encontrar a Calhoun? —inquirió.

La puerta empezó a abrirse en aquel momento. Baxter adivinó el peligro y se echó a un lado.

—¡Roy, cuidado!

Una mujer apareció en el umbral, con un revólver en la mano. El arma estaba prolongada en silenciador.

Holbrook empezó a volverse. En el mismo instante, el revólver emitió un leve chasquido. Holbrook abrió los brazos violentamente y empezó a caer hacia atrás.

La puerta se cerró inmediatamente. Baxter oyó el ruido de una llave en la cerradura y comprendió que la mujer no quería ser seguida.

Sería difícil identificarla. Vestía ropas oscuras, cerradas de cuello y puños, llevaba grandes gafas oscuras y un pañuelo en la cabeza. Ahora, pensó, saldría del bar tan tranquilamente y desaparecería en la noche antes de que nadie tuviera tiempo de dar la alarma.

Respiró aliviado. Por un momento, había temido ser blanco del siguiente disparo, pero la mujer se había contentado con disparar contra Holbrook.

Se acercó al caído. La bala había ido directa al corazón. Holbrook tenía los ojos en blanco. Aún respiraba, pero era evidente que ya agonizaba.

* * *

—¿Y cómo diablos te justificaste ante la Policía? —preguntó Etta al día siguiente, mientras llenaba la taza de café de su visitante.

—¡Oh!; dije que era un antiguo conocido de Holbrook… Las excusas no resultaron difíciles, máxime cuando no llevaba un arma encima. Por otra parte, la Policía puede averiguar, quizá lo haya hecho ya, que jamás he solicitado licencia para uso de armas.

—Fue un golpe muy audaz, Budd. Pero, ¿por qué tenía que morir Holbrook? —preguntó Etta.

—Era quizá un punto débil en la cadena o tal vez un elemento que ya había dejado de ser útil. Es probable, también, que su muerte fuese una especie de castigo por el fracaso de los hombres que aguardaban a *Miss Fantasma* en la terraza.

—Pero si tenían que entrar aquí, ¿por qué aguardaron en la terraza? ¿Por qué no vinieron directamente a mi apartamento?

—Etta, cuando haya hablado con Calhoun te lo diré —respondió Baxter—. A decir verdad, yo también me siento muy intrigado por saber cómo dos hombres, que tenían el paso libre a medio millón en joyas, decidieron esperar allá arriba, a treinta metros sobre nosotros.

Baxter apuró la taza de café y se puso en pie.

—He de continuar mi trabajo —sonrió.

Etta alzó una mano.

—Budd, hay algo que me tiene muy intrigada —dijo—. ¿Viste a la mujer?

—Sí, pero, ¿cómo identificarla? Un pañuelo de color rojo oscuro, que ni siquiera dejaba ver el pelo, grandes gafas negras, traje oscuro,

cerrado de cuello y mangas… A no ser por la estatura, ella era algo más baja; tú misma podrías haberlo hecho y yo no sería capaz de acusarte.

Etta sonrió, mientras se tocaba, con las manos, el pecho opulento.

—¿Qué me dices de *esto*? —preguntó.

—¡Psé… me pareció corriente… Etta! Yo miraba mucho más al revólver.

—Sí, me lo imagino. Pero, si suponemos que lo hizo *Miss Fantasma*, es preciso tener en cuenta que ayer violó una norma que en ella parecía inquebrantable: derramar sangre ajena.

—Pensaré sobre este detalle —dijo Baxter—. ¡Ah, y gracias por no despedir a Millie!

—Lo hago por ti, pero me dan ganas de echarla a patadas…

—Déjala que siga una temporada; nos conviene.

—Está bien, como quieras.

Cuando se disponía a salir, apareció Millie.

—Señor Baxter, muchas gracias —murmuró la doncella, con los ojos bajos—. Creo que me volví loca cuando accedí a participar en este asunto.

—Trate de olvidarlo, Millie; todos estamos expuestos a cometer errores. ¡Ah, por cierto! Usted ha tenido relaciones con Holbrook durante cierto tiempo.

—Unas cuantas semanas, en efecto, hasta que me convenció…

—¿Le oyó hablar, alguna vez, de un tal Calhoun?

Millie pareció concentrarse en sí misma.

—Calhoun… Una vez estábamos cenando en el Golden Bridge y se nos acercó un tipo… Roy le llamó Frisco Bill y éste le dijo que Calhoun quería verle. Es la única vez que he oído hablar de Calhoun, se lo aseguro, señor Baxter.

—Será cosa de probar la cocina del Golden Bridge —sonrió el joven, a la vez que abría la puerta.

* * *

La camarera tomó nota del pedido del cliente y se alejó con gran contoneo de caderas. Baxter la contempló, preguntándose si después de su horario de trabajo se buscaría ingresos extras por otros procedimientos.

El Golden Bridge era un restaurante barato, pero limpio y discreto. Baxter pidió un menú sencillo, encontrándose con la agradable sorpresa de que estaba bien cocinado y que los alimentos eran de la mejor calidad. «Será cosa de volver por aquí», se dijo, mientras tomaba un sorbo de rojo vino de California.

Una mujer entró, a poco, y se sentó en una mesa no demasiado distante. Era joven, entre veintiséis y treinta años, elegante y distinguida, aunque vestía muy discretamente. El pelo era castaño, abundante, peinado en dos mitades, reunidas en un gran moño. Pidió un aperitivo y dijo que esperaba a un amigo.

Pero era sorda, observó Baxter. Al menos, llevaba un audífono, cuyo cable surgía del pelo y se perdía en un bolsillo de su vestido, hecho con tal elegancia, que apenas se notaba. Baxter dejó de ocuparse de la joven, porque, en aquel momento, entró el hombre que le interesaba.

Era un sujeto más bien bajo y de escasa envergadura. La camarera, previamente advertida y *aleccionada* por dos billetes de veinte dólares, señaló la mesa ocupada por Baxter. El recién llegado miró en aquella dirección y luego, evidentemente de mala gana, avanzó hacia el joven.

—Me han dicho que quiere hablarme —rezongó.

Baxter extendió una mano.

—Siéntese, Frisco —invitó—. Pida lo que quiera.

La camarera aguardaba con la libreta y el lápiz en las manos. Frisco Bill dijo:

—Por ahora, un doble de whisky. Sin hielo.

—Sí, señor.

Baxter ofreció un cigarrillo al individuo. Permanecieron en silencio, hasta que la camarera vino con el pedido. Entonces, Frisco Bill miró inquisitivamente al hombre que estaba frente a él.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Frisco, yo no quisiera pecar de presuntuoso, pero tengo la sensación de que usted iba a tomar parte en un negocio y se le ha ido al diablo. De modo que, si estuviese en su sitio, trataría de sacar el mayor partido posible de la situación.

—No entiendo qué quiere decir…

—Tengo autorización de mi cliente para ofrecerle hasta mil dólares por una información que dé los resultados que esperamos. En este mismo momento, le daré quinientos. Los otros quinientos, cuando compruebe que sus informes son auténticos.

—Mil dólares —repitió Frisco Bill.

—Exactamente.

—Según de qué se trate…

—Calhoun.

Hubo un momento de silencio. Frisco Bill se aplicaba intensamente a saborear un buche de whisky.

—*Peg Leg* Calhoun —dijo, al cabo.

—Pata de Palo —exclamó Baxter, sorprendido.

—Sí. Le falta la pierna derecha, desde la mitad del muslo. Claro que lleva una buena prótesis; ya no se usan las patas de palo.

—No cabe la menor duda —sorprendió Baxter—. Bien, ¿empiezo a contar los quinientos?

—Voy a serle franco. Si el asunto es referente a las joyas de la Haldane, yo no tuve nada que ver. Soy solamente un hombre que da y recibe informes…

—Y Calhoun sí tuvo que ver.

—No estoy seguro. Sé que tenían algo grande entre manos, pero no me dijeron nada.

—Está bien, Frisco. ¿Dónde puedo encontrar a Calhoun?

Frisco alargó una mano. Baxter sonrió comprensivamente y sacó el dinero que ya llevaba preparado de antemano. Etta pagaría con gusto cuando hubiese recuperado las joyas.

—No sé dónde vive Peg Leg, pero puedo decirle dónde lo encontrará nueve veces de cada diez. Vaya a Cassie's House, calle Noventa y Dos Este. Es todo lo que puedo decirle.

—En una ocasión, Calhoun le encargó usted que buscase a Roy Holbrook, ¿no es cierto?

Frisco hizo una mueca.

—Estaba aquí, cenando con una pájara. Habían venido ya varias veces —explicó—. Yo suelo acudir porque se come bastante bien…

—Ahora puede encargar un buen menú —sonrió Baxter.

—Oiga, ¿qué hay de los otros quinientos…? ¿Cuándo me los dará?

—Primero he de hablar con Peg Leg. Cuando lo haya hecho, vendré a entregarle el dinero o enviaré a una persona de mi confianza.

Frisco Bill asintió. Baxter abonó a la camarera y se dirigió hacia la salida. La chica sorda abría la puerta, en aquellos instantes. Baxter observó que llevaba pantalones y zapatos de medio tacón.

Salió a la calle. La muchacha del audífono caminaba delante de él, con paso natural. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso de aspecto corriente.

Súbitamente, dos individuos surgieron de un callejón. Uno de ellos empuñaba una navaja automática y apoyó la punta en la garganta de la joven.

—¡Preciosa, danos el bolso! —dijo, enseñando los dientes.

Capítulo V

AL ver el inesperado asalto, Baxter se dispuso a intervenir. Aquellos dos ladronzuelos debían recibir una buena lección, se dijo.

Pero no tuvo tiempo de hacer nada. De pronto, la chica dio un paso atrás, con lo que la punta de la navaja se despegó de su garganta. Inmediatamente, alzó ambas manos y asió la muñeca del rufián. Simultáneamente, elevó el pie derecho y le clavó la punta en el plexo solar.

El ladrón emitió un gemido agónico. Ella no le dejó reaccionar. Giró hacia delante y a la derecha, y el atacante cayó de bruces al suelo. Su rostro se estrelló contra el asfalto y quedó inmóvil.

Baxter se sentía pasmado. El conocimiento que la chica tenía de las Artes Marciales era fenomenal. En menos de dos segundos había derrotado a un sujeto mucho más fuerte que ella y que, por si fuese poco, estaba armado.

Había sido una variante particular, hábilmente ejecutada, de la defensa contra el *Suri-age* o golpe deslizante al rostro. Pero aún quedaba otro forajido quien, sin pensárselo dos veces, cargó con la cabeza gacha, mugiendo literalmente como un toro.

Ella se dejó caer de espaldas, a la vez que agarraba al sujeto por las hombreras de la chaqueta. Elevó los pies, los apoyó en el estómago de su adversario y lo hizo voltear por encima de su cabeza.

El ladrón cayó, con gran golpazo. No obstante, era un hombre fuerte y empezó a levantarse. La chica sorda alzó el codo y se lo hundió en la garganta. Esta vez, el rufián cayó sin sentido al suelo.

Baxter aplaudió cortésmente. Ella le miró sonriente.

—No necesita que la defiendan, señorita —dijo.

—Conozco algunos trucos de lucha —contestó ella.

—Yo la hubiera ayudado; también soy un devoto de las Artes Marciales. Pero presentí que usted podía desenvolverse sola y decidí contemplar el espectáculo. Ha sido algo realmente maravilloso, créame.

—Muchas gracias.

—Me llamo Baxter, señorita…

—Tony Sanders.

—¿Tony?

—Sí, de Antonia. Encantada y adiós, señor Baxter.

La joven echó a correr. Baxter quedó en el mismo sitio, un tanto

intrigado por su extraña actitud. Ya no corría ningún peligro, pero, ¿a qué tantas prisas?

De pronto, vio algo en el suelo. Era una cajita oblonga, de la que salía un cable muy delgado, roto a unos veinte centímetros del punto de conexión.

—¡Atiza, ha perdido el micrófono! —exclamó.

Tony subía, en aquel momento, a un taxi. Baxter había dejado su coche estacionado a prudente distancia del Golden Bridge. Era ya tarde para seguir a la joven y devolverle el aparatito.

—Espero que tenga uno de repuesto —murmuró.

Los frustrados asaltantes empezaban a reaccionar. Baxter los miró unos segundos. La navaja brillaba, todavía, sobre la acera. El pie de Baxter la empujó hasta el imbornal de una alcantarilla cercana. Dos maleantes habían pensado divertirse un poco con el dinero del bolso de Tony, pero se habían llevado el mayor chasco de su vida.

Baxter pensó que debía dejar el micrófono en el restaurante. Acaso Tony era una cliente habitual…, pero, de repente, se percató de un detalle que le hizo sentirse profundamente preocupado.

Si había perdido el aparato que corregía su sordera, ¿cómo había hablado con él y entendido perfectamente las frases pronunciadas?

La cajita saltó un par de veces en su mano derecha. Luego, Baxter fue en busca de su automóvil. Cuando vio una farmacia, se detuvo, entró y compró otro audífono, con el micrófono receptor de sonidos.

* * *

A la mañana siguiente, Denis Gray parpadeó al ver a Baxter con un audífono en la oreja izquierda y, además, situado fuera del cuarto de comunicaciones, en el extremo opuesto de la sala, casi a veinte pasos de distancia.

—Pero, Budd, ¿qué diablos haces allí? —exclamó.

—Sigue hablando, Denis —sonrió el joven.

—¿Te ha pasado algo? ¿Has perdido el oído?

—No. Sólo quería comprobar una cosa. Denis, aparte de que estoy a veinte pasos de distancia, el volumen del sonido de tu voz es idéntico al que tendría si estuviese al doble de distancia. Pero yo te oigo perfectamente.

—No entiendo absolutamente nada —declaró Gray, desconcertado.

—Verás, anoche estuve cenando en el Golden Bridge. Había una chica encantadora…

—Ya me parecía a mí. ¿Resultó interesante?

—Mucho, porque no cenamos juntos, por extraño que te parezca. Pero ella estuvo escuchando todo lo que yo hablaba con otro sujeto, a

unos diez pasos de distancia y sin dar nunca la sensación de que me espiaba.

—¿Cómo?

Baxter levantó la cajita negra que tenía en la mano izquierda y a la que había acoplado el audífono comprado la víspera.

—No es un aparato para sordos, aunque da esa impresión. Simplemente, es un amplificador direccional de sonidos. En estos momentos, yo no podría oír lo que dices, si no usara este aparato.

—¡Rayos! Me dejas atónito…

—A mí también me pasa algo por el estilo. ¡Caramba, en el primer momento, la tomé por sorda, pero estoy seguro de que oyó todo lo que estuve hablando con mi informador!

—¿Quién es? ¿La conoces?

—Dijo que se llamaba Tony Sanders, pero, aparte de que es una luchadora excepcional, que derrotó a dos ladrones de bolsos, con la misma facilidad que yo enciendo un cigarrillo, eso es todo lo que sé.

Gray miró oblicuamente a su amigo.

—Budd, no irás a pedirme datos de la sorda —dijo.

—No, ya la buscaré por mi cuenta. Pero creo que eres tú el que me había llamado…

—Sí, tengo algo interesante. Déjate de pruebas y acércate.

Baxter se quitó el audífono, entró en el cuarto de comunicaciones y cerró la puerta. Gray puso ante la cámara, una fotografía.

—¡Diablos! Parece *Miss Fantasma.*

—El nombre auténtico es Thea von Kappera, austríaca y, en femenino, uno de los más acreditados guías de montaña de los Alpes, por los que sube y baja como tú y yo subimos y bajamos por las escaleras de nuestra casa. ¿No te dice eso nada, Budd?

—Una cuerda, treinta metros de altura… y medio millón en joyas.

—Exactamente. Hace un par de años, Thea sufrió una caída y, aunque sobrevivió, su rostro quedó destrozado contra unas rocas. Todo lo que los médicos han podido hacer está ante tus ojos.

—Entonces, Jack Sheen tenía razón al describirla.

—Así parece, Budd.

Baxter meditó unos momentos.

—Thea es austríaca —dijo al cabo—. Pudiera tener algún resentimiento particular contra seis europeas, de seis países distintos, pero, ¿qué motivos puede tener contra Etta Haldane, que no ha salido jamás de Estados Unidos?

—Budd, te he dicho todo lo que sé —contestó Gray.

—¡Está bien, gracias! Denis, ¿habría alguna forma de enterarse cómo y cuándo ha llegado Thea al país?

Gray suspiró.

—Tengo un amigo en la Policía…

Baxter abandonó el cuarto de comunicaciones, poco después. Ahora recordaba algunos detalles de la vida de Thea von Kappera. Sí, una afamada guía montañera, no sólo por su pericia, sino por el hecho de que fuese mujer.

La pericia, sin embargo, no había evitado la caída que le había destrozado las facciones. Pero, ¿por qué extender el campo de acción a Estados Unidos?

—Suponiendo que ella sea, efectivamente, *Miss Fantasma* y que esté en el país —se dijo.

Luego se preocupó por algo más inmediato: el detector de sonidos y *Peg Leg* Calhoun.

* * *

Hasta la noche, sin embargo, no sería llegado el momento de intentar las entrevistas con Tony Sanders y Calhoun. Baxter consideró que resultaría, también, interesante, hablar con el piloto del helicóptero.

Jack Sheen estaba en libertad bajo fianza, averiguó Baxter. Aquella misma tarde, alrededor de las cuatro, entraba en el apartamento del piloto.

Sheen le recibió malhumoradamente.

—Ya lo he contado todo a la Policía…

—Pero no a mí —alegó Baxter.

—¿Qué es usted?

—Seguros.

«Es una mentira, pero puede ayudar», pensó Baxter, mientras veía a Sheen pasearse como un león enjaulado por la sala.

—Fue una encerrona… ¡Oh! Claro que yo me imaginaba algo no demasiado legal…, pero si fuese el único… —Rió nerviosamente—. Si supiera usted la cantidad de pilotos que hacen trampas…

—Me interesa su asunto, Jack.

—Esto me va a llevar a la ruina. Yo pensaba saldar casi la mitad de la hipoteca… y ahora perderé el aparato… Cinco mil cochinos dólares falsos…

—Bien, pero usted vio a la ladrona.

—Ella me llamó por teléfono la primera vez. Contrató el servicio así. Yo le pedí cinco mil y accedió. Se quitó la capucha en el helicóptero. Después de recogerla, me entregó un mapa con la indicación del punto en que debía dejarla. Ya no supe nada más, hasta que me detuvo la Policía.

—¿Habló ella, algo particular? ¿Algún detalle que pueda resultar

interesante? Porque resulta evidente, si le contrató a usted, alguien tuvo que decírselo.

—Hay un guía profesional…

—Jack, no me tome por tonto. Puede que usted figure en esa guía, pero no se declara en ella que se esté dispuesto a realizar cierta clase de trabajos. *Miss Fantasma* citó a alguien, ¿no?

Sheen emitió un gruñido.

—Dijo que me llamaba de parte de un tal Camden —contestó.

—Deme el nombre completo y su dirección, Jack.

Baxter anotó los datos que le facilitaba el decepcionado piloto del helicóptero. Luego formuló una pregunta:

—¿Habló con Camden para confirmar la petición de *Miss Fantasma*?

—Claro. Dados los términos del contrato, era lo lógico.

—Y ella, supongo, le daría un nombre, como referencia.

—Por supuesto.

—Bien, ¿cuál es el nombre?

—Ellie May Horn.

Baxter se quedó parado un instante. Aquel hombre, ¿se burlaba de él?

—¿Seguro, Jack?

—Absolutamente seguro, señor Baxter —confirmó el piloto.

Resultaba curioso, pensó el joven, mientras salía a la calle. Conocía a Ellie May Horn, una rica divorciada, de la que sabía positivamente dos cosas: era poseedora de una enorme fortuna y no practicaba otro deporte que el de la asistencia a fiestas y *cocktails*. Por lo que sabía de la señora Horn, ni siquiera le agradaba la natación en lo más tórrido del verano.

—Gracias, Jack —se despidió, finalmente.

Hablaría con Ellie May Horn, se propuso, pero en otro momento, después de que se hubiese entrevistado con *Peg Leg* Calhoun. También debería ver a Tyler Camden, el hombre que había recomendado a Sheen como piloto de helicóptero. Algunas cosas, pensó, estaban demasiado confusas y no iba a resultar fácil clarificarlas.

* * *

La pierna derecha del sujeto se movía rígidamente. Calhoun tenía plenamente justificado el apodo, pensó Baxter.

Peg Leg avanzó hacia el mostrador del Cassie House, en compañía de un grandullón de rostro estólido y nula inteligencia, a juzgar por sus facciones. Una mujer, rubia, muy pintada y de senos protuberantes, se acercó a la pareja, sonriendo profesionalmente.

Calhoun chasqueó los dedos con aire displicente y la rubia se retiró, sacándole la lengua a sus espaldas.

Calhoun pidió dos whiskys. Cuando el *barman* los servía, Baxter dijo:

—Cobre, amigo; yo invito a estos dos caballeros. ¡Ah, y guárdese la vuelta!

—Muchas gracias, señor —sonrió el mozo.

Calhoun se volvió hacia el joven.

—No tengo el honor de conocerle —manifestó.

—Me llamo Baxter. Yo estaba con Holbrook cuando alguien le baleó.

Calhoun se puso en guardia instantáneamente.

—No tengo nada que ver con ese asunto —declaró.

—Nadie le ha acusado, Peg Leg…

—¡No me llame así! Mi nombre es Francis, Frank para los amigos, pero usted no lo es.

—Muy bien, Francis —contestó Baxter sin inmutarse—. Estoy muy ocupado en un asunto de medio millón de dólares en joyas. Un tal Genny Tower cayó a la calle y se mató. ¿Lo recuerda?

Los ojos de Calhoun se achicaron.

—¿Policía?

—Agente de seguros —mintió Baxter con todo descaro—. Francis, usted no estuvo en la terraza. Su defecto físico se lo impedía. ¿Quién era el compinche de Tower?

—¡Váyase a la m…!

—Esa no es una respuesta —atajó Baxter, rápidamente—. Usted formaba parte de la banda que había planeado *limpiar* a la señora Haldane, pero el negocio les falló. Por supuesto, no pienso decir nada a la Policía; sólo me interesa recuperar las joyas.

—Nosotros no tenemos nada que ver con *Miss Fantasma*…

—Me lo imagino. ¡Vamos, Francis! Dígame el nombre del otro tipo que estaba con Tower, cuando *Miss Fantasma* apareció en la terraza, cargada con las joyas.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, Calhoun se apartó a un lado.

—Bobby, dale una lección al caballero —ordenó secamente.

El nombre era muy poco apropiado para aquel gigantón el que, según advirtió Baxter, era tipo aficionado a emplear sus puños, grandes como melones. Boby sonrió estúpidamente, dio un paso hacia atrás y se dispuso a atacar.

Capítulo VI

EL puño de Bobby salió disparado como un ariete, pero sólo encontró el vacío. Baxter se había ladeado hábilmente a su derecha, a la vez que se encogía un tanto. Su pie derecho quedó frente al también derecho del coloso y luego situó el izquierdo un poco más atrasado que el talón derecho de Bobby. Así se situaba sobre el eje de desplazamiento de su adversario, y al avanzar la cabeza, entró en contacto con el pectoral derecho de Bobby. Su mano derecha se apoyó en el abdomen, mientras que el brazo izquierdo rodeaba la cintura de Bobby, hasta que la mano llegó al costado opuesto.

Ya tenía las rodillas dobladas, sosteniendo el peso de ambos cuerpos con los talones. Y así se echó hacia atrás, en el eje del avance de Bobby, el cual volteó un tanto oblicuamente sobre su cabeza, para caer de espaldas al suelo, ligeramente sobre el costado derecho.

Sucedió en fracciones de segundo. Había sido una fulgurante aplicación del *Ura-nage* o volteo hacia atrás, escena que dejó a Peg Leg completamente boquiabierto. Aunque aturdido, Bobby intentó levantarse, pero un venenoso taconazo de Baxter, aplicado a su sien derecha, le privó del conocimiento durante unos instantes.

Inesperadamente, Peg Leg reaccionó y se dirigió a toda velocidad hacia la salida. Pese a su defecto físico corría de un modo espectacular. Baxter se lanzó tras él, mientras la gente, en la taberna, permanecía en la inmovilidad, sin comprender muy bien lo que sucedía.

Calhoun abrió la puerta y salió a la calle. Baxter estaba ya a sus alcances. Entonces, de súbito, vio un coche parado junto a la acera.

El costado derecho del automóvil daba al bar. Por tanto, la ventanilla de aquel mismo lado, tenía el cristal bajado, dado que el conductor se hallaba en su puesto. Pero tenía un revólver en la mano derecha.

Baxter entrevió un pañuelo de color rojo oscuro y unas gafas negras. Calhoun no vio nada hasta que fue demasiado tarde.

El revólver escupió dos chasquidos. Calhoun giró violentamente sobre sí mismo y cayó al suelo, mientras el coche arrancaba a toda velocidad.

La escena se produjo con tanta rapidez, que no dio tiempo a que nadie reaccionase. Cuando Baxter, que se había ocultado precavidamente detrás de la puerta, salió a la calle, el coche en que viajaba el asesino se había perdido ya de vista. Era un vehículo de

aspecto corriente... ¿qué pasaría cuando la asesina, se quitase el pañuelo y las gafas?

«Nadie sabría reconocerla», se dijo, pesarosamente, mientras se arrodillaba junto a Peg Leg.

—Calhoun, ¿quién estuvo con Tower, en la terraza? Era una pregunta que ya no tendría respuesta, adivinó pesarosamente, al notar que Calhoun se adentraba en las sombras de la muerte.

Algunos de los clientes del local escapaban a la carrera' Era evidente que no sentían el menor deseo de ser interrogados por la Policía. Baxter decidió imitarles y desapareció de aquel lugar.

* * *

—Te estás metiendo en demasiados jaleos —dijo Gray, a la mañana siguiente, a través del televisor.

—Has leído los periódicos, supongo —observó Baxter.

—Es parte de mi trabajo. Parece ser que hay alguien empeñado en eliminar a todos los que intervinieron en el robo de las joyas, ¿no?

—A los que querían intervenir y, en cierto modo, lo hicieron, pero sin éxito *Miss Fantasma* se alzó con el botín.

—Yo pienso que es alguien que se ha apropiado de la identidad de Thea von Kappera —dijo Gray.

—¿Cómo?

—La alpinista no está en el país.

—Pero Sheen vio su cara...

—Si Thea ha entrado en Estados Unidos, ha sido de forma ilegal, es todo lo que puedo decirte.

—Denis, mi interés, ahora, se centra en hablar con el tipo que acompañaba a Tower, cuando ambos estaban en la terraza del edificio. Este es un asunto ideado por una banda y les salió mal, porque no contaban con la intervención de *Miss Fantasma.*

—Bien, pero es a ésta a quien debes buscar y no a los otros.

—Necesito hablar con ese individuo. A propósito, ¿tienes algo sobre Antonia Sanders?

—No, nada.

—Si encuentras algo, déjalo grabado —recomendó Baxter.

Al salir del cuarto de comunicaciones, se encontró con la mesa puesta para el desayuno.

—El señor se ha visto una vez más metido en un buen lío —comentó el criado.

—Debe ser porque soy un tipo que no tiene remedio —rió Baxter.

—Si el señor me permitiese un consejo... —dijo Koye, mientras llenaba una taza de café.

—Claro, hombre, adelante. ¿Cuál es el consejo, Tim?

—Vuelva al sitio en donde vio a Tony Sanders por primera vez. Hable con el personal del restaurante, muéstrese amable con alguna camarera… No es tan difícil, ¿verdad?

Baxter consideró la propuesta críticamente.

—Sí, tal vez lo haga… Pero antes tengo que localizar a una persona.

—¿Varón o hembra? —preguntó Koye, malicioso.

—Hembra. Y estupenda —respondió Baxter alegremente.

* * *

Pero Ellie May Horn, que era la persona a quien se había referido Baxter, permanecía ilocalizable. Nadie sabía dónde se encontraba y en la agencia de recortes de prensa, los últimos que había se referían a actividades sociales de la rica divorciada de seis meses antes. Después, ya no había nada.

A Baxter se le hacía muy cuesta arriba que Ellie May hubiese sido capaz de contratar un helicóptero para una operación que no tenía nada de legal. Pero, por otra parte, se decía que en este mundo podían ocurrir las cosas más raras, realizadas por las personas a quienes se creía más sensatas.

Aquella noche acudió al Golden Bridge. Frisco estaba cenando y se sentó frente a él.

—¡Hola! —sonrió.

—¿Gusta? —dijo el sujeto.

—Ya he cenado. ¿Podemos hablar?

—Adelante.

—Se trata de la chica sorda que estaba aquí hace unas noches.

—¡Ah, sí, la recuerdo! La he visto algunas veces, no demasiadas…

—¿Sabes dónde vive?

Frisco señaló a una de las camareras.

—A ésa la he visto hablar con la sorda, algunas veces —contestó—. ¡Eh, Belle!

La camarera acudió en el acto, contoneando aparatosamente las caderas.

—¿Sí, Frisco?

—Belle, el caballero quiere hablarte de la chica sorda que viene, a veces, a cenar aquí —dijo el confidente.

Baxter sonrió, a la vez que enseñaba dos billetes de diez dólares.

—Se llama Tony Sanders —declaró Belle.

—Eso ya lo sé. Me interesa su dirección.

Belle se encogió de hombros.

—No se la he preguntado nunca. Sé que trabaja en una oficina…, pero hay tantas en la ciudad…

Baxter añadió un tercer billete, junto con un trozo de papel, en el que había unas cifras.

—Cuando venga, procure sonsacarla, Belle —dijo—. Telefonee a este número; hay contestador automático y grabará la llamada.

Los billetes y el papel desaparecieron en el anchuroso escote de la camarera. Belle se alejó con su pomposo meneo de costumbre.

—Es una artista —dijo Frisco.

—¿En qué? —preguntó Baxter, un tanto ingenuamente.

—¡Hombre, imagíneselo…!

Baxter sonrió. Luego puso los codos sobre la mesa.

—Frisco, tres de los tipos que tomaron parte en el asunto de las joyas que no llegaron a robar, están liquidados. Uno saltó a la calle desde ciento cuarenta metros de altura. Dos fueron muertos a tiros por una mujer…

—¿Una mujer?

—Yo la he visto, Frisco.

—Señor Baxter, si ahora me pongo yo un vestido oscuro con un poco de bulto en el pecho, un pañuelo en la cabeza y unas gafas negras, ¿a quién dirá usted que está viendo?

Baxter parpadeó.

—Apuesto algo a que tratas de decirme que no ha sido una mujer.

—Simplemente, es mi opinión personal. Yo no lo creo. No, no ha sido una mujer. No me tome por machista; lo que pasa es que el instinto… ¿Usted me comprende?

—Frisco, tú conoces a gente. Tower y Calhoun y Holbrook tenían amigos. A mí me interesa encontrar el que estaba en la terraza cuando Tower saltó a la calle.

—Por ahora, no se me ocurre ningún nombre, pero, ¿por qué diablos le interesa tanto este tipo?

—Frisco, si tú fueses a robar unas joyas y supieses que la dueña está narcotizada y que alguien te va a abrir la puerta o, por lo menos, fingirá estar dormida mientras fuerzas la cerradura, ¿te irías a la terraza, a treinta metros de altura, a esperar que otra persona se apoderase de esas joyas?

El confidente se rascó la cabeza, perplejo.

—Pues no —contestó, sinceramente—. Una ocasión semejante no me la perdería por nada del mundo.

—Por eso, precisamente, quiero hablar con el socio de Tower. Quiero que me aclare el enigma, ¿comprendes?

—Sí, ahora ya le entiendo. Bueno, haré lo que pueda…

—Trabajas para mí a partir de ahora, Frisco —dijo Baxter, a la vez que sacaba unos billetes—. Llámame en cuanto sepas algo.

—¡Oiga! A mí se me ha ocurrido… Esas joyas no se pueden vender tan fácilmente. Tiene que haber algún perista

—Puede ser, pero no lo creo. Miss Fantasma no las roba para venderlas, al menos, por un precio ridículamente bajo. De todas formas, no estaría de más que tendieses las antenas, a ver qué es lo que captas.

Frisco alzó un dedo.

—Cuente conmigo —sonrió.

Baxter se levantó y abandonó el restaurante. En realidad, ya no podía hacer nada por el momento. Aparte de Ellie May Horn, tenía que encontrar a Tony Sanders y al desconocido acompañante de Tower y, por el momento, no tenía la menor pista de ninguno de los tres.

* * *

Una semana más tarde, sonó el teléfono en casa de Baxter. Koye levantó el aparato, escuchó un momento y luego se lo pasó a Baxter.

—Para usted, señor.

El joven se levantó. Un segundo más tarde, oyó la voz de Frisco Bill.

—Jefe, venga. Calle Ciento Once Oeste, seiscientos diez. Le estoy aguardando.

—¿Qué piso?

—Es un viejo almacén. En la puerta verá el rótulo de la empresa: Carton & Williamson. Hay una puerta lateral. Use ésta.

—Bien, de acuerdo.

Baxter dejó el teléfono en la horquilla. Inmediatamente, volvió a sonar.

—Hola —oyó una voz femenina—. Soy Belle. Tengo noticias para usted.

—Bien, adelante…

—Venga a verme a las once de la noche. Tengo un apartamento en la misma acera del restaurante, tres casas más arriba.

—De acuerdo, Belle.

Baxter volvió a colgar el teléfono. Inmediatamente, empezó a vestirse. Por fin llegaban las noticias.

* * *

En lugar de detenerse frente al almacén de Carton & Williams, Baxter pasó de largo y estacionó el coche a unos doscientos metros de distancia. Luego entró en un bar, pidió una taza de café y dejó pasar un cuarto de hora.

Ahora se había vestido de una forma corriente, sin estridencias; chaqueta, pullover fino, de cuello alto, y pantalones algo más claros. Caminó, con un cigarrillo en los labios, deteniéndose de cuando en cuando ante el escaparate de alguna tienda.

Minutos más tarde, se hallaba en las cercanías del almacén. Estaba completamente cerrado. No había en él la menor actividad. Tal vez la empresa había decidido dedicarse a otras actividades.

Estudió el callejón transversal. Había parado un coche frente a la puerta señalada por Frisco Bill. Baxter se acercó parsimoniosamente. No parecía el que había utilizado la asesina de Calhoun.

Tocó la tapa del motor. Ya estaba fría, lo cual significaba que el dueño del coche hacía mucho rato que no lo utilizaba. Dio la vuelta al lado opuesto y deshinchó las dos ruedas traseras.

Luego se acercó a la puerta. Aunque sólida, era de tipo corriente, una simple puerta de servicio, con una cerradura normal. Sacó el amplificador de sonidos y se puso el audífono en la oreja.

El amplificador quedó adosado a la cerradura. Inmediatamente, Baxter oyó voces, una de ellas con evidente mal humor.

—Tu amigo no llega, Frisco.

—¿Qué quieres que le haga yo? Le he dado el mensaje, ¿verdad? Ahora bien, si lo prefieres, puedo ir a buscarle a su casa…

—Tú te quedas aquí. ¿O es que nos tomas por tontos?

—No lo sé. De lo que sí estoy seguro es que ya no voy a salir con vida de este lugar.

Alguien rió torvamente.

—No seas pesimista, Frisco; no queremos haceros daño.

—Ya. No queréis hacernos daño, pero veo unos revólveres que me ponen los pelos de punta.

—El fulano tarda demasiado —rezongó otro.

—Será mejor que salgas, a ver si anda por ahí, Eddie. Tú, Bobby, al tanto. ¿Estamos?

—Descuida. —Aquella voz era conocida de Baxter—. Tengo unos deseos locos de tomarme el desquite…

Baxter oyó ruido de pasos que se acercaban y se apartó a un lado de la puerta, la cual se abrió apenas un segundo más tarde. Un hombre dio dos pasos fuera, volvió la cabeza a la derecha y, entonces, algo le golpeó.

Eddie se desplomó instantáneamente. Baxter, sin embargo, tuvo tiempo de sostenerlo en sus brazos y arrastrarlo al otro lado del coche.

El revólver fue a parar al fondo del callejón; Baxter detestaba las armas de fuego.

Regresó junto a la puerta. Ahora debía enfrentarse solamente con dos adversarios. Pero uno de ellos podía resultar muy peligroso, dada su colosal fuerza física.

En cuanto al tercero, si estaba armado, las dificultades no serían menores.

Abrió una rendija. Alguien, irritado, gritó:

—¡Pero, bueno, Eddie!, ¿qué diablos haces ahí? ¿No has visto nada?

Baxter estudió el interior del almacén, parcialmente despejado, pero también con algunas cajas de madera de gran tamaño. Era un local abandonado, por supuesto. Al fondo, estaba Frisco, sentado en una silla, a la cual había sido sólidamente atado.

Bobby, el gigante, se hallaba situado junto a una columna de hierro. El otro individuo estaba junto al confidente y tenía el revólver en la mano.

—¡Eddie! —chilló el de la pistola.

Baxter se decidió, al fin, y abrió la puerta.

—Eddie está K.O. —dijo tranquilamente.

Capítulo VII

TRES rostros se volvieron hacia el recién llegado. Baxter advirtió que Frisco Bill exhalaba un fuerte suspiro de alivio.

Bobby, el gigante, abría y cerraba las manos con gestos convulsivos. De pronto, el otro hizo un ademán, como si Bobby fuese un mastín.

—¡Adelante! —sonrió—. Duro con él.

Bobby emitió un mugido y cargó hacia adelante, con tremendo ímpetu. En el último instante, bajó la cabeza.

Baxter continuaba junto a la puerta, que seguía abierta. De súbito, con un perfecto cálculo de los tiempos, saltó hacia su izquierda, a la vez que cerraba de golpe con un rápido movimiento de la mano derecha.

El enorme cráneo de Bobby chocó contra la puerta que se acababa de cerrar. Era de gruesas tablas y dos de ellas se partieron con terrible chasquido. Bobby gruñó algo y quedó en el suelo, perdiendo el conocimiento instantáneamente.

—Se lo dije, Tyler, es un tipo duro de pelar —exclamó Frisco.

Baxter avanzó unos pasos, sonriendo alegremente.

—Tyler Camden, supongo —dijo.

—Así me llamo —contestó el sujeto, torvamente. Levantó el revólver—. No dé un paso más o haré fuego.

—¿Sólo para eso me ha hecho venir aquí? —preguntó a Tyler, sin perder la calma.

—Hay algo que me tiene muy intrigado —respondió Camden—. ¿Por qué anda husmeando por ahí y metiendo las narices por todas partes, como si fuese un sabueso?

—Por medio millón de dólares en joyas. ¿Le parece poco?

—¡Maldición, yo no sé nada…!

—Tyler, ¿no estaba usted con Genny cuando Miss Fantasma subió a la terraza con el botín?

—No.

Baxter arqueó las cejas.

—Oiga, no irá a pensar que me creo su respuesta —dijo.

—Lo crea o no, yo no estaba, aunque admito haber tomado parte en el asunto. ¡Diablos! Era un buen golpe, ¿no le parece?

—Si usted tomó parte en el asunto, ¿por qué no entró en el apartamento de la señora Haldane?

—Él nos asignó los papeles a cada uno de nosotros. Debíamos de espiar constantemente los pasos de Etta Halden… Holbrook, por ejemplo, estaba encargado de conquistar a la doncella.

—Millie les dejó el paso libre. Me cuesta trabajo entender que no intentasen aprovechar esa ventaja.

—Pues fue así, aunque no lo crea —contestó Camden, malhumoradamente—. Tower y el jefe subieron a la terraza… y eso es todo lo que sé.

—Todo, no —corrigió Baxter—. Miss Fantasma utilizó su nombre para contratar el helicóptero. Me lo ha dicho el propio Sheen.

—Pues no sé yo nada de eso. La primera noticia que tuve fue que Tower había caído a la calle y que la ladrona había escapado en el helicóptero.

—¿Quién se lo dijo? ¿El autor del plan?

Camden emitió un gruñido.

—Íbamos a forrarnos y nos hemos quedado con un palmo de narices.

—Sí, Miss Fantasma resultó ser más lista que ustedes, aunque alguien la engañó a ella.

—¿Engañarla? ¡Se llevó las joyas!

—Sí, pero en alguna parte le dieron billetes falsos, que fue con los que pagó a Sheen. Tyler, ¿quién pudo darle esos billetes falsos?

Con el rabillo del ojo, Baxter vio que Frisco Bill le hacía un guiño disimulado. Decidió no insistir en la pregunta, ya que Camden no parecía sentir muchos deseos de contestarle.

—Bien, dígame ahora el nombre del autor de ese plan —solicitó.

—No le va a servir de nada —contestó Camden.

—¿Por qué?

—El nombre es Peter Jones. Nada vulgar, como puede comprender —respondió el sujeto, con amargo sarcasmo.

—Un nombre supuesto.

—Sí.

—Dígame qué apariencia tiene.

—Yo diría que unos sesenta años, pero se conserva muy fuerte todavía. Pelo canoso, áspero, estatura mediana, ancho de hombros, y algo estevado…

—Muy bien, Tyler. La conferencia ha terminado. ¿Quiere soltar a Frisco?

Camden vaciló un instante. De pronto, Frisco lanzó un aviso:

—¡Cuidado, ahí viene!

Baxter no perdió tiempo en volver la cabeza. Saltó a un lado, retirándose al suelo de costado, lo que le permitió esquivar el

inesperado ataque del gigante. El impulso que había tomado Bobby le llevó a chocar contra Camden con indescriptible violencia.

Los dos hombres cayeron al suelo, en un confuso revoltijo de brazos y piernas. Pese a todo, Bobby fue el primero en levantarse, justo a tiempo de recibir en el cuello los golpes simultáneos de los filos de dos manos.

El hombrón cayó de rodillas, gorgoteando palabras ininteligibles. Baxter lo derribó de un seco rodillazo en el mentón.

Camden parecía aturdido. Baxter desató a Frisco, quien se puso en pie, frotándose las muñecas doloridas.

—He pasado un mal rato —confesó.

—Vámonos —dijo Baxter, secamente.

Abandonaron el almacén. Eddie empezaba a levantarse. Baxter y Frisco lo dejaron en el mismo sitio.

—Me obligaron a llamarle —manifestó Frisco.

—Ya lo he visto.

—¡Oiga!; no irá a pensar que todo ha sido un truco mío… Francamente, creo que esos tipos no sabían lo que querían.

—Frisco, yo tampoco acabo de entender las cosas. Pero me parece recordar que me hiciste un guiño, cuando pregunté por los billetes falsos. ¿Quién se los dio a Miss Fantasma?

—Leslie Arrowhead. Le gusta mucho reproducir las estampitas del gobierno.

Baxter pensó que no tenía sentido alguno que Miss Fantasma fuese en busca de un falsificador para pedirle dinero hecho en casa. Miss Fantasma, se dijo, debía de tener los fondos suficientes para pagar informes sin necesidad de comprometerse con moneda falsa. Pero, había tantas cosas raras e incomprensibles en aquel asunto…

—¿Alguna noticia más, Frisco? —preguntó, cuando ya se disponía a abrir la portezuela de su coche.

—Por ahora, eso es todo.

—Llámame cuando averigües algo más, Frisco.

—Descuide.

* * *

Abrió la puerta y miró con ojos relucientes al hombre que aparecía en el umbral.

—Adoro los hombres puntuales —dijo.

—Tenía que venir a verte —contestó Baxter—. No podía permitirme el imperdonable pecado de retrasarme un solo segundo.

Belle se echó a reír, a la vez que se apoderaba del brazo de su visitante.

—Entra y hablaremos —propuso.

La camarera se había puesto un salto de cama demasiado transparente.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó.

Baxter hizo un gesto ambiguo. Ella puso whisky y hielo en un vaso y se lo entregó.

—Siéntate.

Baxter obedeció. Ella, desenvueltamente, se sentó en sus rodillas. Con plena deliberación, acercó sus senos al rostro del hombre.

—Tengo buenas noticias para ti —dijo.

—Estoy ansioso de oírte —contestó Baxter.

—Sé dónde vive la sorda.

—Magnífico. ¿Dónde…?

Ella le quitó primero el vaso. Luego le cogió la cara con ambas manos y estampó un fuerte beso en su boca.

—Sé que es muy probable que no volvamos a ver— nos —jadeó—. Por eso quiere aprovecharme, ahora.

Le miró con ojos brillantes. Luego volvió a besarle.

Al cabo de un buen rato, lánguidamente, dijo:

—La sorda vive en los apartamentos Pennyson. No sé cuál de ellos es el suyo, pero si sabes el nombre, podrás encontrarlo en el indicador del vestíbulo…

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Baxter, sobre cuyo brazo derecho estaba apoyada la cabeza de Belle.

—¡Oh, no fue difícil…! Ha venido un par de noches… He tratado de ganarme su confianza; le dije que estaba cansada de este trabajo… y le pregunté si ella no conocía un empleo mejor… Dijo que tal vez encontraría un buen empleo… y me dio su dirección para que fuese a visitarla.

Belle se volvió hacia su acompañante y quedó encima de él.

—¿Lo he hecho bien? —consultó con avidez.

—Demasiado bien, estupendamente bien —contestó Baxter. «Demasiado fácil», pensó. Sería cosa de visitar a Tony Sanders.

Pero ya era tarde. Y estaba con Belle, que era una joven muy amable y ardiente. Cuando la boca de Belle buscó la suya, decidió despreocuparse por el momento de todos los problemas.

* * *

Tony Sanders estaba ausente, aunque el conserje de los apartamentos Pennyson informó a Baxter que tal ausencia sería muy breve, un par de días a lo sumo. En vista de que el primer objetivo del día había fallado,

Baxter decidió hacer una visita a Leslie Arrowhead, el hombre que había facilitado a Miss Fantasma los cinco mil dólares en billetes falsos.

La residencia de Etta Haldane estaba en su camino y decidió visitarla.

Millie, la doncella, le recibió con una amistosa sonrisa.

—La señora está en el baño —informó—. ¿Quiere tomar algo, mientras tanto?

—Café, gracias. Millie, ¿cómo van las cosas por aquí?

—No puedo quejarme. La señora me ha subido el salario.

—Tiene un genio de todos los diablos, pero es muy buena.

—Sí, señor.

Baxter iba por la segunda taza de café, cuando apareció Etta atándose el cordón de la bata.

—No sé adónde diablos voy a ir a parar —se quejó—. Las carnes se me desparraman. Cada día estoy más gorda… Sólo me falta echar bigote…

—Mujer, todavía estás muy bien —rió Baxter.

—No digas tonterías. —De pronto, Etta se abrió la bata y quedó desnuda hasta más abajo de la cintura—. ¡Mira! Cuando nos conocimos, eran redondos, duros como piedras; tuviste ocasión de comprobarlo, ¿no? ¿Qué ves ahora? Dos bolsas de grasa, caídas, fláccidas… y no te enseño más, para que no eches a correr…

—Etta, tú has sido siempre una mujer muy intemperante —dijo él, con acento persuasivo—. Eso se puede corregir con cirugía estética, pero el peso es cosa tuya exclusivamente. Comes… devoras, mejor dicho.

—No lo puedo remediar, Budd.

—Tienes que poner algo de tu parte, un poco de dieta, menos azúcares, féculas y grasas y algo de ejercicio. Naturalmente, lo *otro* es cuestión de un buen cirujano… aunque también deberías visitar a un buen endocrinólogo…

—Sí, algo de eso tendré que hacer —suspiró Etta—. A mis treinta y nueve años no puedo seguir pareciendo una ballena bípeda. Bien, pero ¿qué me dices? ¿Hay algo de nuevo?

—Tengo un montón de pistas, pero parece como si todas acabasen al pie de un muro liso e inescalable. Creo que la clave está en Miss Fantasma.

—Es Thea von Kappera —exclamó ella.

—No estoy tan seguro. Tengo informes de que no ha llegado al país, y a menos que haya entrado ilegalmente… aunque puede que hoy mismo averigüe algo sobre el particular.

—¿Cómo, Budd?

Etta formuló la pregunta mientras se servía una generosa dosis de whisky. Baxter se acercó a la consola y le quitó el vaso y la botella.

—El licor también contribuye a la elaboración de grasas —dijo.

—¡Budd, por todos los diablos! Si ahora que tengo pasta en abundancia, no voy a poder darme caprichos, ¿entonces…?

—Tienes el dinero para disfrutar, pero no abusar, y ese dinero puede servirte para recobrar aquella figura de la que tan orgullosa te sentías diez años atrás.

Baxter volvió al diván. Etta lanzó una maldición.

—Está bien, procuraré moderarme… Oye, acabas de decirme que tienes una pista.

—En realidad, son dos. Hombre y mujer.

—La mujer será joven y bonita, claro.

—No está mal, aunque por el momento se halla ausente de la ciudad. Pero sé dónde vive y trataré de verla en cuanto regrese.

—Tengo curiosidad por conocerla…

—No te diría nada. Se llama Tony Sanders y debe de tener unos veinticinco años.

—¡Sanders! —dijo Etta explosivamente.

Baxter la miró muy interesado.

—Diríase que la conoces —murmuró.

—Tony Sanders, la hija de Edgar el Hurón… Era una chica muy avispada, inteligente, ágil… parecía un muchacho… y también una cabra montés. Yo la he visto trepar por lugares inverosímiles… A veces, se me ponían los pelos de punta, pero su padre se echaba a reír y decía que Tony tenía vocación de mosca. Acabamos llamándola así, La Mosca, ¿comprendes?

Baxter movió ambas manos, a fin de contener su verborrea…

—¡Un momento, por favor! —gritó—. ¿Dónde diablos conociste a los Sanders?

—En Picoya City, naturalmente, allá, en la sierra californiana. Él era un buscador más, pero, como todos, escasamente afortunado, hasta que un día se hartó y me dejó los títulos de propiedad de las cuatro parcelas que poseía, como pago de las deudas contraídas en nuestra tienda-cantina. Luego, cuando en lugar de oro resultó que había uranio y mi pobre marido falleció y yo me quedé dueña de todo, El Hurón trató de pleitear conmigo, pero mis abogados le hicieron desistir, porque el traspaso de la propiedad se había hecho de forma absolutamente legal.

—De modo que tenemos un buscador fracasado, que, además, se sintió despechado, y hay una hija capaz de trepar por cualquier parte…

—Así es, muchacho —confirmó Etta—. De modo que ya sabemos

quién es la que me robó las joyas. Para vengarse, naturalmente.

Baxter se rascó la mejilla con el pulgar.

—Etta, puede que haya un fondo de verdad en lo que dices, pero, a pesar de todo, creo que hay todavía algunos puntos oscuros que aclarar.

—¿Cuáles, por favor?

—Primero, el piloto vio verdaderamente a Thea von Kappera y de ello no se puede dudar. Se debe tener verdadera imaginación para describir a la alpinista austríaca de un modo tan realista, que la foto robot resulte prácticamente igual a la auténtica. Y, segundo, ¿de dónde diablos sacó Miss Fantasma cincuenta billetes de a cien, falsos? Suponiendo que fuese la auténtica, no tenía necesidad de emplear moneda falsificada; sus anteriores golpes le han proporcionado dinero en abundancia, ¿comprendes?

Etta sonrió.

—Lo único que comprendo es que todo esto es incomprensible —contestó divertidamente.

Capítulo VIII

AQUÉLLA era la casa donde vivía Leslie Arrowhead, el competidor del gobierno en la fabricación de billetes de Banco. Era un edificio de planta y piso, rodeado de un pequeño jardincito; la casa propia de un hombre de aspecto apacible y morigerado, según le había descrito Frisco Bill, un caballero de mediana edad, ya retirado de los negocios, que pasaría buena parte de su tiempo dedicado al cuidado del jardín. Otra parte de su tiempo estaría empleada en el grabado de las planchas de imprimir billetes de Banco.

Avanzó a lo largo del jardín y llamó a la puerta. Esperó un minuto largo. Arrowhead no daba señales de vida. Tal vez estaba en el sótano, «trabajando» en su especialidad.

Insistió de nuevo. Un poco harto, asió el pomo y lo hizo girar. La puerta no estaba cerrada con llave. Empujó ligeramente y vio una sala en penumbra, con las cortinas corridas.

Avanzó un paso. Entonces, algo muy duro golpeó su cráneo, vio todas las estrellas del firmamento y cayó al suelo sin sentido.

Despertó más tarde, con un fuerte dolor de cabeza, maldiciéndose a sí mismo por haber sido tan descuidado. En cuanto se sintió un poco mejor, consultó el reloj; por fortuna, su desvanecimiento no había sido demasiado largo. Había estado sin conocimiento durante unos quince minutos.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. Cruzó la casa, fue a la cocina y se mojó la cabeza, para acabar de despejarse. De mal humor, comprobó que tenía en el lado izquierdo un bulto de dimensiones más que regulares.

Cuando se sintió algo mejor, empezó a recorrer la casa. Sí, había un sótano y, en él, evidentes trazas de que el dueño del edificio era falsificador de moneda. Lo había sido hasta aquel mismo día, hasta el momento en que una bala en medio de la frente puso fin a sus actividades.

Arrowhead yacía en medio del sótano, con los brazos extendidos. Ahora ya no podría saber cómo había entrado en relación con Miss Fantasma.

Inclinándose un poco, tocó la mejilla del muerto con dos dedos. La piel estaba fría, lo cual era síntoma de que el disparo se había hecho un par de horas antes, por lo menos. Tal vez se había utilizado un silenciador… aunque era de suponer que habiéndose disparado un arma en aquel lugar, la detonación no podía ser oída desde el exterior.

Pero todo estaba en orden. Resultaba un tanto ilógico. El asesino debería haber buscado algo, aunque cabía la posibilidad de que lo hubiese encontrado sin esfuerzo. Una cosa, no obstante, era segura: el asesino había estado escondido tras la puerta. Quizá esperó que el visitante se marchase, pero al ver que entraba, había decidido atacarle a fin de escapar sin ser reconocido.

En todo caso, Arrowhead ya no le diría nada. Y él ya no tenía por qué continuar en un lugar, expuesto a un compromiso que no le beneficiaría en nada.

De pronto, cuando ya se disponía a marcharse, vio algo sobre una mesa, que llamó considerablemente su atención.

Era un busto de madera, sin facciones, semejante al empleado en peluquerías y tiendas de modas para colocar las pelucas de señora. Aquel objeto, en la casa de un falsificador, resultaba incongruente.

Se acercó a la mesa, invadido por la curiosidad. Había un par de cajones y los abrió. En el segundo encontró algunas fotografías. Todas ellas se referían a una misma persona: Thea von Kappera.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil. Luego, sin tocar nada, borró sus huellas dactilares, procurando recordar los sitios en que sus manos habían estado en contacto con diversas superficies. A continuación, emprendió el regreso a su casa.

* * *

Levantó el teléfono y marcó un número. Tuvo que esperar un poco, pero, al fin, Frisco Bill dejó oír su voz.

—Soy Baxter. Necesito que me hagas un favor —dijo.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—¿Tienes algún amigo que quiera ganarse cien pavos?

Sonó una risita.

—Amigos de esa clase los tengo a montones —contestó Frisco.

—Yo lo necesito de una clase especial: que sepa abrir una puerta sin llave y que, en cuanto lo haya hecho, se olvide instantáneamente, y para siempre, de que la ha abierto y de que ha estado conmigo.

Frisco meditó un segundo.

—Harry Miller —dijo.

—Muy bien. Cuando hayas hablado con él, llámame para concertar la hora en que debemos reunimos.

—¿Dónde?

—En la puerta del Golden Bridge. Yo pasaré a recogerlo con mi coche.

—Está bien.

Baxter dejó el teléfono. Koye se inclinó sobre la mesa, para servirle

una taza de café.

—Observo al señor muy pensativo —dijo.

—En efecto, Tim, así es.

—Las cosas no marchan bien.

—Están un poco complicadas, pero acabarán por verse claras.

—A mi entender, y perdone el señor la inmodestia, la solución está en la alpinista austríaca, que no está en Europa y cuyo paradero se desconoce.

Baxter miró a Koye con asombro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Elemental, señor: los periódicos no la mencionan para nada. El robo de las joyas de la señora Haldane ha hecho mucho ruido, precisamente por sus características. Si estuviese en Europa, ya se tendrían noticias de ella y no es así.

Baxter se pellizcó el labio inferior.

—Puede que tengas razón —convino—. Pero ella no ha sido.

—¿Cómo?

—No, no lo hizo.

—Pero…

—Tim, alguien se aprovechó de su fama, eso es todo. Incluso copió el muñequito adhesivo que Miss Fantasma deja siempre en casa de sus víctimas. Empleó sus mismos procedimientos, pero quien lo hizo es una chica que se finge sorda y que, en tiempos, era apodada La Mosca.

—¡Asombroso! —calificó Koye.

—Pero, a la luz de las evidencias conseguidas hasta ahora, lógico.

Un par de horas más tarde, llamó Frisco.

—He hablado con nuestro hombre. Está de acuerdo —informó.

Baxter consultó su reloj de pulsera.

—Esta noche, a las nueve —decidió.

—De acuerdo.

El teléfono sonó segundos más tarde. Baxter lo levantó.

—Diga.

—Budd, soy Etta. Estoy aburrida. ¿Por qué no vienes a tomar una copa conmigo?

—No podré estar mucho rato, hermosa. Tengo que encontrarme con un amigo…

—Me has hecho pensar mucho con lo que dijiste acerca de mis intemperancias. Creo que tienes razón y… ¿No quieres venir un rato?

Baxter se estremeció. Etta pareció adivinar sus pensamientos y rió estridentemente.

—No seas mal pensado, hombre; sólo quiero charlar un rato con un buen amigo. No temas, no intentaré seducirte.

—Sí, te comprendo perfectamente. Bien, iré, pero a las ocho tendré que dejarte.

—¿Una cita?

—Exactamente.

—Algunas tienen mucha suerte…

—La cita es con un hombre, Etta. Y es en tu propio interés.

—¡Ah… bueno!; no tardes, cariño.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla, un tanto preocupado por la que estimaba insólita llamada de Etta. Pero quizá ella se sentía deprimida y necesitaba que alguien levantase su ánimo con unos minutos de charla.

A fin de cuentas, Etta era una buena amiga y merecía que la ayudase.

* * *

Cuando salió del ascensor al pasillo cubierto de espesa moqueta, vio a dos sujetos ante la puerta del departamento de Etta. En el primer momento, no concedió importancia al hecho, y siguió adelante. Los dos individuos parecían salir de uno de los apartamentos vecinos. Pero, de repente, uno de ellos le cerró el paso.

—No siga —dijo.

Baxter le miró de hito en hito. Era un individuo recio, de facciones graníticas y mirada insolente. Entonces se dio cuenta de que el otro maniobraba para situarse a su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tiene que acompañarnos —respondió el sujeto.

—Podría negarme…

—Lo dudo mucho —intervino el otro—. Hay una pistola apuntándole a los riñones,

Baxter se echó a reír, para sorpresa de los dos hampones.

—No van a disparar aquí, ¿verdad?

—Si es necesario, ¿por qué no? ¿Qué le hace suponer que no soy capaz de apretar el gatillo?

—Si hubiese querido hacerlo, ya estaría muerto.

Hubo un instante de silencio. Luego, Baxter, que tenía un oído finísimo, percibió el inconfundible rumor de una aspiración de aire.

La mano armada se levantaba para golpearle en la cabeza. Baxter elevó sus dos manos hacia atrás, asió una muñeca y, girando un cuarto de vuelta a la derecha, metió el hombro. Luego flexionó la rodilla izquierda y, haciendo palanca con la pierna derecha, elevó el cuerpo.

El pistolero se sintió arrancado del suelo y voló por los aires, dando una vuelta completa antes de caer de espaldas al suelo. Su

compañero dudó un segundo, pero cargó en el acto, dispuesto a emplear “los puños.

Baxter paró el primer golpe con el brazo izquierdo. Luego, el canto de su mano derecha golpeó el costado izquierdo de su adversario.

Se oyó un gruñido de dolor. La cara del hampón se contorsionó violentamente. Baxter lo agarró por las hombreras de la chaqueta y se dejó caer de espaldas. El individuo se sintió irremisiblemente arrastrado hacia adelante. Luego notó que unos pies presionaban sobre su estómago, haciéndole elevarse en el aire, para terminar aterrizando a unos metros de distancia.

El hombre de la pistola se había incorporado. Sabía luchar, porque saltó hacia adelante, adelantando los dos pies hacia el rostro de Baxter. Este se ladeó y luego, con ambas manos, empujó a su adversario por el costado, lanzándolo contra una de las paredes. El pistolero chocó con terrible violencia, cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Baxter se volvió, a continuación. El otro individuo, aterrado, había emprendido la huida. Baxter decidió habérselas con el de la pistola, que se quejaba sordamente en el suelo.

Inclinándose sobre él, lo agarró por la chaqueta y le levantó.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No sé nada…

Sujetándolo con la mano izquierda, Baxter lo agarró por los pelos con la derecha y le echó la cabeza hacia atrás. Hizo fuerza y la nuca del sujeto golpeó la pared.

—Puedo repetirlo indefinidamente, hasta que los sesos se te vuelvan agua —dijo.

—Sé su nombre, es todo lo que puedo decirle… Nos pagó quinientos a cada uno…

—¿Por asesinarme?

—¡No, diablos! Sólo teníamos que llevárnoslo fuera de Nueva York y abandonarlo en algún lugar solitario, cuanto más lejos mejor, sin ropas, sin dinero…

—Ya, un hombre compasivo —dijo Baxter, sarcásticamente—. ¿Cómo se llama?

—Peter Jones.

Baxter meditó unos segundos.

—¿Cómo os pagó? —quiso saber, al cabo.

—Billetes de cien…

—¿Has cambiado alguno?

—Todavía no. ¿Por qué lo pregunta?

—Voy a darte un consejo: quema esos billetes. Son falsos.

El hampón se quedó con la boca abierta. Baxter lo soltó.

—Podría quitarte ese dinero, pero no lo haré —agregó—. Tú tienes, seguramente, amigos expertos en dinero. Haz que alguno de ellos examine esos billetes. Si quieres verte metido en un buen lío, cámbialos; tendrás a los agentes del tesoro sobre ti como si fuesen buitres hambrientos. Supongo que Jones no te habrá dado su dirección, ¿verdad?

—¡No! —barbotó el sujeto—. Si la supiera, iría a buscarle y le metería cuatro balas en su asquerosa barriga…

—Lo mejor será que te olvides del asunto, muchacho. —Baxter se echó a reír—. Has trabajado para nada y, además, te han dado unos cuantos golpes. No se puede decir que el día haya resultado fructífero para ti.

Echó a andar hacia la puerta del departamento de Etta. De pronto, se volvió.

—¡Ah! —exclamó—. Busca pronto a tu socio y evita que cambie los billetes o te verás metido en un buen lío.

Baxter lanzó una alegre carcajada al ver que el hampón salía disparado. Llegó ante la puerta deseada, se arregló un poco la chaqueta y tocó el timbre.

Capítulo IX

—AHORA me siento mucho mejor —sonrió Etta—. Gracias por estos minutos de compañía, Budd. ¿No te apetece otra copa?

—No, gracias.

—Baxter había guardado silencio sobre el incidente sucedido a su llegada. Etta, por otra parte, no se había enterado de nada. Aquellos apartamentos de lujo estaban completamente insonorizados. Podría producirse un tiroteo entre dos bandas rivales y nadie se enteraría hasta que saliese al exterior.

Baxter miró a la mujer que tenía frente a sí. Etta había conseguido todo lo que ambicionó cuando era más joven y vendía alimentos y herramientas, y cocinaba para los mineros en aquel pueblo perdido en la sierra, pero se sentía frustrada. Algo le faltaba, pese a su inmensa fortuna. Pero él no podía dárselo.

La figura era lo de menos. Con los años, se apagaba el apetito sensual. Entonces llegaba el amor y la comprensión…, pero Etta era mucho mayor y, además, tenía un genio de todos los diablos.

Ella sonreía melancólicamente, como si adivinase sus pensamientos.

—Budd, quiero hacerte una pregunta —dijo, tras unos segundos de pausa.

—Claro, mujer, adelante.

—¿Qué eres tú? ¿Detective privado?

—Pero secreto.

Etta parpadeó.

—No entiendo —declaró—. Jamás había oído una cosa semejante.

—Pues sí, lo soy…

—¡En tal caso, no tendrás clientes, jamás! ¡Oh!; ya se sabe que los detectives privados actúan confidencialmente, pero se anuncian en los diarios, en las guías profesionales… aunque luego trabajen en secreto. Pero tú…

—Etta, yo sólo actúo en los casos que me interesan, que suelen ser muy pocos. El tuyo es uno de ellos y gracias a la amistad que nos une es por lo que trato de ayudarte.

—Aficionado a resolver misterios, vamos.

—Aproximadamente —sonrió él—. Perdona, pero tengo una cita.

—¿Seguro que es con un hombre? —preguntó Etta, maliciosamente.

—Puede conducirme al encuentro con una mujer.

—¡Oh, un alcahuete!

—Etta, mírame, ¿cuándo he necesitado yo de ayudas ajenas para conquistar a una mujer?

Ella rió estruendosamente.

—Eso es cierto, querido —admitió.

Baxter se encaminó hacia la puerta. Millie le abrió, con la sonrisa en los labios.

—Mañana por la tarde tengo libre —bisbiseó.

—Trataré de eludir compromisos —respondió él, en el mismo tono.

* * *

Harry Miller era un tipo menudo y vivaracho, capaz de abrir, según decía, las puertas de Fort Knox, sin que se enterasen los infinitos centinelas que guardaban el oro del país.

—Lo que pasa es que soy muy patriota y no quiero arruinar a la nación —dijo—. Imagínese que me llevo el oro. ¿Eh? Menuda catástrofe financiera mundial… El dólar por los suelos…

—Harry, Fort Knox no me interesa para nada —cortó Baxter la inagotable verborrea del sujeto—. Esa es la puerta que me interesa.

Era la puerta del apartamento de Tony Sanders. Miller asintió, sacó su juego de ganzúas y abrió con una facilidad pasmosa.

—No hay cerradura que se me resista —dijo, muy ufano.

Baxter sacó diez billetes y se los entregó.

—Eso es todo, Harry.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pero yo creía…

—Harry, yo sólo le contraté para abrir la puerta. Aquí no quiero que meta las narices.

—Hombre, podría ayudarle con algún armario cerrado…

—No.

Miller suspiró.

—Usted piensa que me echaré cualquier fruslería al bolsillo, ¿verdad?

—Sí.

—Pero, jefe, le aseguro…

—¡Harry!

—Sí, dígame.

—¡Largo!

Miller dio media vuelta.

—Cualquiera diría que no cree en mi honradez —rezongó, mientras se alejaba a lo largo del corredor.

Baxter sonrió. Abrió la puerta, encendió las luces y cerró a continuación. El apartamento de Tony Sanders era relativamente modesto, aunque decorado con buen gusto.

Avanzó unos pasos y empezó a husmear por diferentes sitios. Abrió cajones y levantó los cojines de divanes y sillones. En aquella casa todo parecía normal.

De repente, vio una bombonera de cerámica, sobre una mesa baja. Levantó la tapa y sonrió.

—No es muy cuidadosa —dijo, a la vez que paseaba el pulgar por el borde de los billetes que componían aquel fajo.

Eran todos de cien dólares y parecían nuevos. Después de contarlos, había treinta y tantos, volvió a dejarlos en el mismo sitio.

Luego entró en el dormitorio de Tony. Se preguntó dónde podrían estar las joyas robadas. La casa no parecía demasiado propicia a los escondites secretos. Incluso sospechaba que las joyas no estaban allí. En cuanto al dinero falso, era muy posible que no supiera que se trataba de billetes falsos.

Una vez más, hizo un extenso recorrido por la casa, tratando de dar con las joyas. Al fin, se dijo que la única salida que le quedaba era, precisamente, la que no podía utilizar: atacar las paredes, el techo y el suelo con un pico. Porque no había ningún escondite secreto y tenía ahora la seguridad de que las joyas no estaban allí.

Antes de marcharse, encendió un cigarrillo y lanzó una última mirada a su alrededor, tratando de buscar algún posible escondite que se le hubiera pasado desapercibido. Estaba de espaldas a la puerta y, abstraído en sus pensamientos, no advirtió nada, hasta que oyó una voz femenina:

—Le estoy apuntando con una pistola. Un solo movimiento sospechoso y puede considerarse muerto.

* * *

Baxter alzó las manos lentamente.

—No estoy armado y no he venido con intenciones agresivas, Tony —dijo—. Es decir, si no le importa que la llame así, como usted me indicó, porque emplear el apodo de Mosca no le resultará muy grato, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —gritó ella.

—Tony, usted usó hace algunos días un aparatito que le permitía escuchar cualquier conversación, fingiendo padecer sordera. Lo perdió cuando la asaltaron aquellos ladronzuelos, ¿se acuerda?

—Sí, pero eso no explica…

—Vamos, vamos, se trata de las joyas de Etta Haldane.

Tony avanzó unos pasos y, dando un rodeo, se situó frente al joven.

—Ella nos robó —dijo, con ojos llameantes.

—Lo que Etta ha declarado es muy distinto. Su padre le entregó unos papeles para cancelar cierta deuda. Etta se convirtió así en la propietaria de las parcelas mineras.

—Nos engañó…

—Tony, no venga ahora a tratar de convencerme de algo que sabe positivamente que no es verdad. Cuando abandonaron Picoya City, en la Sierra, no tenían un centavo. Bueno, a lo sumo, el dinero justo para el viaje. Pero la propiedad de esas tierras quedó legítimamente otorgada en favor de Etta Haldane. Ella no tiene la culpa de que allí hubiese uranio y no oro. Ni ustedes tampoco, claro; pero estaban cegados por el oro, como en el siglo pasado, y no se les ocurrió encargar una prospección, en forma adecuada. Vengarse ahora robándole las joyas no me parece correcto, aunque haya de admitir que fue un golpe muy ingenioso. ¿Tal vez se le ocurrió leyendo las hazañas de Thea von Kappera en Europa?

—No tengo nada que decirle. ¡Váyase!

—Tony, temo que usted no tiene la menor idea del jaleo en que se ha metido. Para empezar, podemos hablar del dinero con el que pagó al piloto del helicóptero. Cincuenta billetes falsos. ¿Lo sabía?

—No, me enteré al leer los periódicos…

Baxter se inclinó y levantó la tapa de la bombonera.

—Tan falsos como éstos —dijo.

—Me los entregaron en el Banco.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Fui yo misma al Banco, extendí un cheque por cinco mil dólares y me los dieron en billetes de cien, como pedí.

Baxter se sintió desconcertado.

—Pero, entonces, el dinero que entregó a Sheen…

—En aquellos momentos, yo no sabía que era dinero falso.

—¡Ah! —sonrió Baxter—. Acaba de admitir que robó las joyas.

—¡Bien, sí! —exclamó ella—. Yo las robé. Lo creía justo, en aquellos momentos.

—¿Y ahora?

Tony vaciló.

—Los terrenos que eran de mi padre han producido millones —dijo, desviando la mirada.

—Pero ya no eran de ustedes. Su padre tenía una deuda con Etta…

—Ella era una usurera.

—Y aceptó unos pedazos de papel en pago de una deuda.

—Porque no teníamos otra cosa.

—Mire, Tony, así no iremos a ninguna parte. Usted se siente frustrada porque tuvo la fortuna al alcance de la mano… claro que entonces era una niña, pero esto no varía la situación. Yo comprendo que su padre debía sentirse desesperado por su fracaso, pero la culpa no es de Etta. Por favor, dígame dónde están las joyas.

Tony alzó la barbilla.

—No se lo diré —contestó enérgicamente.

—Tony, su actuación es ilógica, por no calificarla de otra forma —dijo Baxter, tratando de ser paciente—. Además, ¿no se da cuenta de que se ha metido en un juego muy peligroso?

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Han muerto tres personas, se han cometido tres asesinatos. Y estos crímenes se derivan del robo de las joyas cometido por alguien que concibió la idea de hacerse pasar por Miss Fantasma.

—No podrían probar nada…

—Se equivoca, Tony.

—¿Qué está diciendo?

—Leslie Arrowhead, además de buen grabador, cosa que le era indispensable para fabricar las planchas de imprimir billetes falsos, era escultor.

—¿Y…?

—Arrowhead fue el que hizo la máscara que usted utilizó para que Sheen viera el rostro de Miss Fantasma. La máscara está en su dormitorio, Tony; perfectamente realizada y capaz de engañar a cualquiera, sobre todo, cuando se contempla por la noche y con la sola luz de los instrumentos de a bordo.

—No conozco a Arrowhead —declaró ella.

—¿Cómo que no…?

Tony apretó los labios.

—¡Salga de mi casa! —ordenó—. No tengo ganas de seguir hablando más de este asunto.

Baxter avanzó un par de pasos.

—Muchacha, usted ha escondido las joyas en alguna parte y yo voy a encontrarlas —aseguró.

Ella sonrió ligeramente.

—¿De veras? Dígame cómo, por favor.

—Lo primero que haré será…

La mano izquierda de Baxter se movió como un rayo, atenazando la muñeca derecha de la joven, que retorció rápidamente. La pistola se

desprendió de unos dedos que habían perdido su fuerza, en el acto.

Pero en el mismo momento, ella reaccionó y pasó al contraataque.

La mano de Baxter rodeaba todavía su muñeca, cuando ella avanzó velozmente el pie derecho, a la vez que empujaba hacia adelante con el cuerpo. Sorprendido, Baxter echó su torso, lo que aprovechó Tony para agarrarle con la mano izquierda. Era una perfecta aplicación del O-soto-gari o zancadilla exterior. Cuando quiso darse cuenta, Baxter estaba ya rodando por los suelos.

Pero no por ello se enojó. Apoyado en la alfombra con los codos, miró sonriente a la muchacha.

—Lo había olvidado —dijo—. Es usted una luchadora magnífica. Le propongo un trato.

—¿Qué trato? —preguntó Tony.

—Las joyas para el ganador.

Capítulo X

TODAVÍA tendido en el suelo, Baxter estudió el rostro de Tony, en el que se advertía una nota de desconcierto. Ella vestía pullover de cuello alto y pantalones oscuros, lo que le había facilitado notablemente la acción de contraataque.

—Empiezo a pensar que quiere las joyas para usted y no para devolvérselas a su dueña —dijo Tony, al cabo.

Baxter se levantó de un salto.

—Entonces, ¿no acepta?

—No.

De nuevo sobrevino otra pausa de silencio. Súbitamente, Baxter, concentrando en la acción toda su energía, lanzó un poderoso Kiai, sin gritar demasiado, no obstante.

Tony, sorprendida, vaciló. Había sentido algo incomprensible, una especie de impacto invisible, un poder impalpable, que había golpeado su cuerpo como si fuese un soplo emanado del tórax de su oponente. Era el Kiai demoledor que sólo los verdaderos maestros de las Artes Marciales eran capaces de conseguir. Tony creyó ver, incluso, durante una fracción de segundo, una neblina que le hizo ver borrosos los contornos del joven.

Antes de que pudiera reaccionar, se sentía ya en brazos de Baxter. Forcejeó, pero volteó por los aires, aunque logró caer de pie, revolviéndose velozmente. Saltó casi dos metros y alargó el pie derecho, buscando la mandíbula de su adversario. Dos manos asieron su tobillo y continuaron el impulso hacia arriba. Tony giró en el aire y cayó de cabeza, si bien pudo parar el impacto con las manos y la flexión de los brazos.

Pero antes de que pudiera revolverse, dos manos asieron sus tobillos de nuevo y la colocaron cabeza abajo. Baxter se echó a reír.

—Yo no soy un ladrón de bolsos —dijo.

—¡Suélteme! —gritó ella, muy furiosa.

—¿Dónde están las joyas?

—No se lo diré, aunque me torture…

—Preciosa, mi especialidad no es torturar a las damas. Quiero las joyas… o se verá en un serio compromiso.

—No hay pruebas.

—La máscara.

—¿Llamaría a la Policía?

—Sí.

—Eso no es una prueba…

—Han recogido muchas herramientas en casa de Arrowhead. ¿Cuánto tiempo tardarían en relacionar la máscara con las fotografías de que se valió Arrowhead para reproducir la cara de Thea von Kappera?

—A pesar de todo, no se lo diré. ¡Suélteme!

—¡Suéltela o disparo! —sonó, inesperadamente, una voz de hombre.

Todavía con los tobillos de Tony en las manos, Baxter volvió la cabeza. En la puerta había un hombre, apuntándole con un revólver de calibre desusado.

—¡Ah, el ilustre Peter Jones! —sonrió Baxter—, ¿O debo llamarle por su verdadero nombre, Edgar Sanders?

Impasible, el recién llegado amartilló aquella venerable pieza de museo, que, sin embargo, podía disparar con tanta efectividad como el día en que salió de la fábrica Colt, casi cien años antes.

—No se lo diré más —habló Sanders, fríamente—. Puede que yo me vea en un buen lío, pero tengo derecho a disparar contra un intruso en casa de mi hija. ¿Lo ha entendido?

Baxter abrió las manos y retrocedió un par de pasos. Sanders se apartó de la puerta, a la vez que movía el revólver.

—¡Salga! —ordenó fríamente.

—Sí, señor.

La mano de Baxter se apoyó en el pomo.

—Señor Sanders, personalmente no creo que sea usted el autor de tres asesinatos, pero habrá de permitirme que le diga una cosa: usted ideó un plan para vengarse de Etta Haldane y se ha aliado para ello con personas sin escrúpulos, que le están utilizando para conseguir sus propósitos. Fallaron en una ocasión, es decir, cuando Tony estaba ya en la terraza, pero no cejarán hasta conseguir las joyas.

Miró a la muchacha.

—Yo no la hubiese torturado, por supuesto; pero ellos lo harán, créame. Y no les importará someter a ambos a las mayores vejaciones —concluyó.

Padre e hija permanecieron silenciosos. Baxter cerró y se encaminó hacia el ascensor.

«Están locos», gruñó, mientras el ascensor le conducía a la planta baja.

Sanders no había sabido digerir su fracaso. Lo malo era que había complicado a su hija en el asunto, haciéndole creer cosas inciertas. Tony se sentía ahora tan resentida como su padre.

Pero aún había algo peor y era que no se daban cuenta de que,

siendo autores de un plan muy bien elaborado, había otros sujetos sin escrúpulos que, a la larga, resultarían los auténticos beneficiarios.

Baxter pensaba que era injusto que una muchacha como Tony viese en peligro su porvenir, por los disparatados pensamientos de su padre. Pero, en cierto modo, y, aunque la idea le disgustaba, no se sentía culpable de lo que le pudiera pasar a la muchacha.

Todavía estaba muy furioso al llegar a la calle. Aunque no era su costumbre, ya que ordinariamente sabía controlarse a la perfección, decidió tomarse un whisky, para ver de aplacar sus nervios.

No lejos del edificio de los Apartamentos Pennyson vio un local elegante. Entró, buscó un taburete y pidió un doble de buen escocés, mientras lo tomaba a pequeños sorbitos, trató de pensar el sitio en que los Sanders podían haber escondido las joyas.

Al cabo de un rato, estimó que había llegado la hora de regresar a casa. Entonces, una mujer, sentada a su lado, le pidió algo:

—¿Fuego, caballero, por favor?

Baxter accedió. Sacó el encendedor y arrimó la llama al cigarrillo que la desconocida sostenía con los labios. Era una mujer joven, de figura escultural, muy rubia y de rostro encantador. Vestía con gran elegancia y usaba un perfume suave y discreto.

De pronto, le pareció que había visto aquella cara en alguna parte.

—¿No nos conocemos, señora? —preguntó.

—No, lo siento mucho —respondió ella.

—Dispense.

En otro momento y con mejor talante, Baxter habría intentado la conquista de la hermosa, pero ahora no se sentía con humor para ello.

* * *

De pronto, dos días más tarde, leyó en uno de los diarios que Ellie May Horn había regresado de un viaje al extranjero. La señora Horn era lo suficientemente hermosa y rica, como para que los diarios citasen su vuelta al país.

Aquella misma tarde, Baxter, armado con un monumental ramo de rosas, llamó a una puerta. Una doncella abrió, expresó sus deseos y poco después entregaba las flores a la destinataria.

La señora Horn contaba treinta y tantos años, era muy rubia y poseía una figura con numerosos encantos, buena parte de los cuales “quedaban a la vista, gracias a su indumentaria: una especie de peto de mecánico, cuyas perneras parecían cortadas a ras de las caderas. El peto cubría mal los senos, de los que las malas lenguas aseguraban conocían ya la cirugía plástica, pero, en cambio, dejaba el resto del torso al descubierto. Ellie May celebró mucho la visita, besuqueó a su

visitante, hizo una vanidosa ostentación de su físico y acabó sentándose a su lado en el diván, después de preparar dos vasos bien cargados de whisky.

—¿De dónde sales? ¿Qué haces? ¿Te has casado? ¿Piensas casarte? ¿Hay alguna candidata a tu mano? Si es así, ¿la conozco yo?

Baxter se echó a reír.

—Me ametrallas con tus preguntas, pero ninguna de ellas ha dado en el blanco, salvo, quizá, la primera. Salir, salgo de Nueva York, que es donde resido habitualmente. En cuanto a lo que hago… Ellie May, ¿tú conoces a un tipo llamado Tyler Camden?

Ella se puso seria, de repente.

—Ese condenado… Budd, si me aprecias en algo, no vuelvas a mencionar, en mi presencia, el nombre de ese bastardo —contestó.

—Lo siento mucho, pero tienes que contestar a mi pregunta. Por favor, tómalo como algo muy confidencial. Me interesa enormemente saber si ha habido algo entre Camden y tú.

—¿Puedo saber los motivos, Budd?

—En otro momento. Ellie May, no es que yo quiera presumir, pero creo que de todos los hombres a quienes has conocido, soy el único que no te ha pedido nada que no fuese… tu cariño.

—Tienes razón —murmuró la mujer—. Todos han resultado ser unos egoístas. Se comprendería si fuese fea, pero, vamos, no estoy tan mal y todavía tengo mucho que mirar y mucho que dar a un hombre… y, sin embargo, todos venían por la pasta…

—Incluido Camden.

—Duró tres meses y me sacó casi cincuenta mil dólares. Un día lo vi con otra, gastándose alegremente mi dinero…

Baxter tomó las manos de Ellie May y les dio unas palmaditas afectuosas.

—Creo recordar que hubo un tiempo en que vivías en el dos mil trescientos de Park Avenue —dijo.

—¡Claro! La casa es mía, la heredé de mi madre…, pero acabé por cansarme y ahora resido habitualmente en la villa de Long Island.

—Camden estuvo en Park Avenue más de una vez.

—Y más de diez —contestó ella.

Baxter besó la mejilla de la mujer.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo.

Y se puso en pie.

—¿Cómo? ¿Te marchas ya? —exclamó Ellie May—. Budd, acabas de llegar. No cometas conmigo semejante felonía. Somos buenos amigos, y no tienes ninguna prisa. ¿O es que te espera alguien?

Baxter reflexionó unos instantes. Ellie May le miró y sonrió. Luego

se puso en pie y se acercó a la puerta de la sala, y llamó a su doncella:

—¡Evelia!

—¿Señora?

—Puede retirarse si lo desea; tiene libre el resto del día.

—Gracias, señora.

Ellie May se volvió hacia Baxter.

—Yo puedo atenderte perfectamente… en todo lo que deseas —dijo, con sonrisa llena de insinuaciones.

Capítulo XI

DE repente, Baxter despertó sobresaltado, a la vez que lanzaba un agudo grito:

—¡Eureka!

Ellie May, a su lado en el lecho, se despertó también, muy asustada.

—¡Budd! ¿Qué te sucede? —exclamó—. ¿Tienes pesadillas?

Baxter encendió la luz y se sentó; Ellie May hizo lo mismo.

—Budd, por favor, cuéntame…

—No es nada de importancia —contestó él—. Simplemente, que se me ha ocurrido la solución del asunto.

—Pero ¿de qué asunto hablas? No te entiendo…

Baxter la besó en una mejilla y se puso en pie.

—Miss Fantasma —dijo escuetamente.

—¡Oh…!, ¿estás mezclado en ese jaleo?

—Hasta cierto punto. Ellie May, gracias por tu hospitalidad, pero tengo que marcharme inmediatamente.

Eran las cuatro de la madrugada. Baxter empezó a vestirse. Ellie May saltó de la cama y se puso una bata.

—Espera, hombre —dijo—. Al menos, tómate una taza de café. Ya sé que soy una inútil, una mujer que sólo tiene mucho dinero, pero también sé poner la cafetera al fuego.

Baxter rió alegremente.

—Está bien —accedió—. Iré al baño mientras tanto. Luego te contaré todo.

Tomaron el café en la cocina. Ellie May se sentía pasmada a medida que Baxter avanzaba en su relato. Cuando el joven terminó, dijo que era increíble.

—Lo parece, en efecto, pero es rigurosamente cierto. —Baxter apuró su segunda taza de café y se limpió los labios—. Vendré a contarte el final de la historia, Ellie May.

—Si no lo haces, te sacaré los ojos —prometió la mujer.

Baxter sonrió, mientras se dirigía a la puerta, que daba a la parte trasera del jardín. Desde allí veía su coche, estacionado frente al garaje en donde Ellie May guardaba los suyos.

Abrió la puerta. De pronto, ella le puso una mano en el brazo.

—Aguarda —dijo—. Voy a encadenar a «Shako». Es un verdadero diablo…

Ellie May salió al jardín. Baxter recordaba que el perro, un enorme sabueso, había ladrado mucho a su llegada. Ahora estaba silencioso. Aunque reconociese a su ama, debería haber ladrado un par de veces.

Una súbita sospecha invadió su ánimo. Junto a su automóvil, se movió una sombra.

—¡Cuidado, Ellie May! —gritó a la vez que se lanzaba hacia adelante.

Ella, desconcertada, se paró. Baxter la alcanzó y cargó con el hombro, derribándola al suelo. En el mismo instante, sonaron un par de chasquidos.

—¡Budd! —gritó ella, aterrada.

Baxter rodó por el suelo un par de veces. Algo se hundió con sordo impacto en la hierba del jardín. El intruso se desconcertó al ver que no había conseguido ningún blanco y trató de correr.

Baxter se lanzó en su persecución. El desconocido se detuvo, giró sobre sus talones y apuntó cuidadosamente. Baxter se lanzó en plongeón hacia adelante y su hombro derecho alcanzó al intruso en el costado, arrojándole hacia atrás.

El sujeto era ágil y fuerte. Había perdido la pistola, pero se incorporó en el acto. Sacudió la mano y se oyó un chasquido. Algo brilló súbitamente.

Baxter retrocedió lentamente, sin perder de vista la navaja que el otro empuñaba como si fuese una pistola. De súbito, el intruso se tiró a fondo. Buscaba el estómago de su adversario.

En el mismo instante, Baxter giró un cuarto a su derecha. Con la mano izquierda, pulgar arriba y los restantes dedos hacia abajo, bloqueó la muñeca armada. Simultáneamente, le aplicaba un atemi, o golpe con el puño, entre los dos ojos.

Se oyó un gruñido de dolor. Recostada sobre un codo, Ellie May contemplaba la pelea con morbosa fascinación.

El intruso vaciló después del golpe. Baxter cambió de mano para hacer la presa sobre la muñeca armada y movió el brazo izquierdo para la presa de estrangulación, a la vez que bloqueaba el brazo del sujeto contra su abdomen. Era el contraataque del Tsukommi o puñalada al estómago, que Baxter, gracias a su inigualable maestría en las Artes Marciales, había ejecutado con fulgurantes movimientos. Ahora tenía al intruso aprisionado, absolutamente a su merced, sin permitirle la menor acción evasiva.

Hizo presión con el brazo izquierdo. El intruso movió la mano libre a la vez que gorgoteaba.

—Basta…, basta…

—Puedo estrangularte y lo haré, si no hablas —dijo Baxter duramente—. ¿A qué has venido?

—Me… me Ordenaron que le siguiera…

—¡Budd! —gritó Ellie May de pronto—. Shako está muerto.

—No, seguramente, lo ha narcotizado nuestro amigo. ¿No es así?

—Sí… Le di carne con una buena dosis de sedantes… —admitió el prisionero.

—Budd, ¿llamo a la policía? —consultó Ellie May.

—No, aguarda un poco. —La navaja estaba en el suelo y Baxter se apoderó de ella, para apoyar la punta en el cuello del intruso—. ¿A qué has venido? —preguntó.

—El coche… Puse una bomba…

Baxter empujó al hombre hacia el automóvil.

—La quitarás tú mismo o te ataré al motor y lo haré funcionar a distancia. ¿Has entendido?

El prisionero se sentía muy abatido. Baxter vio el revólver con silenciador y se lo apropió igualmente. Vigiló atentamente las operaciones de desconexión de la bomba y luego contempló con ojos críticos el paquete de cartuchos de dinamita que había sido conectado al sistema eléctrico del automóvil.

—Dinamita —murmuró—. ¿Quién te pagó por poner la bomba?

—Se llama Sanders, es todo lo que sé.

—Seguramente, él te entregó la dinamita.

—Sí.

—¿Cuál ha sido el precio de tu trabajo?

—Tres mil.

—En billetes de a cien.

—¡Sí! —se asombró el sujeto—. ¿Cómo lo ha sabido?

Baxter sonrió sibilinamente.

—Me lo imaginé —repuso—. ¿Cómo te llamas?

—Beatón, Brad Beatón…

—Muy bien, Brad, voy a darte un consejo. No cambies esos billetes. Son falsos.

—¿Qué? —gritó Beatón.

—Ya lo has oído. Está en mi poder. Si quisiera, te quitaría el dinero, pero no me gustan los conflictos con el Tío Sam.

—¡Ese condenado Sanders! —barbotó el sujeto—. ¡Cuando lo vea…!

—Beatón, tú no vas a ver a Sanders en mucho tiempo.

—¿Qué es lo que está diciendo? Ya he contado todo lo que sé…

—Pero no me conviene que te marches, para que vayas a buscar a Sanders. Le romperías las narices, él se enteraría de que el plan ha fracasado… y eso no me conviene en absoluto.

De repente, movió la mano derecha. El filo alcanzó a Beatón tras la

oreja izquierda y lo derribó como buey apuntillado.

Ellie May chilló.

—No temas —dijo él, sonriendo—, sólo está desvanecido. Pero tienes un sótano en tu casa.

—Sí…

—Será cuestión, solamente, de veinticuatro horas y, además, lo dejaré bien atado y amordazado. Entonces vendré a soltarlo.

—Budd, si lo que he oído es cierto, el tal Sanders se enterará por los periódicos de… de que no ha pasado nada —alegó ella.

—Sanders recibirá una llamada, y Beatón le dirá que hoy le ha sido imposible, que lo hará mañana —sonrió Baxter, ladinamente.

Ellie May se estremeció.

—¡Dinamita! —exclamó.

—La herramienta propia de un minero —contestó Baxter.

* * *

Los ojos de Jack Sheen contemplaron con asombro los papeles que el visitante había lanzado sobre la cama.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Mi abogado se encargará de probar que usted fue engañado en el asunto de los cinco mil dólares —dijo Baxter—. Es de presumir que el juez tenga en cuenta todos los hechos, así como sus deseos de cooperar con la justicia, por lo que solicitará del jurado una declaración de inocencia. En cuanto a los documentos, son los que se refieren a &u helicóptero. Ya es suyo, Jack.

—Oiga… No estará bromeando…

—No bromeo —contestó el visitante, muy serio—. Naturalmente, no hago esto por nada. Usted tiene que poner algo de su parte.

—Si voy a verme envuelto en más jaleos…

—No habrá más conflictos, Jack.

Sheen volvió a mirar el rostro de Baxter y llegó a la conclusión de que se hallaba ante un hombre sincero. Examinó los documentos rápidamente, volvió a guardarlos en el sobre y movió la cabeza afirmativamente.

—Bien, hable —indicó.

—El helicóptero es suyo, pero lo tengo contratado yo por la tarifa habitual. Ahora, Jack, escuche con toda atención…

Baxter habló durante unos minutos. Sheen accedió a la propuesta. Sonrió cuando el visitante le entregó unos billetes.

—Son auténticos —dijo Baxter.

Sheen lanzó un fuerte suspiro.

—¡Uf! Esto ha sido como una pesadilla para mí… Pero no entiendo. ¿Por qué tuvo que pagarme Miss Fantasma con billetes falsos?

—Ella no sabía que eran falsos, Jack.

Baxter se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, giró un poco la cabeza.

—Jack, no olvide que la puntualidad es la abuela del éxito —dijo.

El piloto juntó en círculo el pulgar y el índice.

—Puntual como el Big Ben —contestó alegremente,

Baxter abandonó la casa de Sheen. La solución del caso iba a resultar un poco cara, pero Etta Haldane pagaría con gusto la factura.

* * *

—¿De veras piensas solucionarlo hoy? —preguntó Etta, aquella misma noche.

—Por supuesto. Eso está ya hecho —contestó Baxter.

—Bien, pero ¿dónde están las joyas?

—¡Ah!, permíteme que me lo reserve por el momento. Lo único que puedo decirte es que están en el sitio más absurdo que uno pueda imaginarse.

—Vamos, Budd, vamos, no me tengas sobre ascuas… Ahora empiezo a darme cuenta de que he sido una tonta gastándome semejante fortunón en unos pedruscos…, pero, qué quieres, veía que me sobraba el dinero…

Baxter la contempló con interés durante unos segundos.

—Etta, te sobraba dinero y te sobra peso. Has perdido la figura de antaño y quisiste compensarlo con las joyas.

—Tienes razón —suspiró ella.

—Yo no te diré qué vas a hacer con las joyas, Etta, eso es cosa tuya; lo que sí te aconsejo que seas menos intemperante y que cuides tu línea, que es tanto como cuidar de tu salud. Y, a propósito, la cosa no ha resultado barata.

—Pásame la factura; pagaré sin regatear un penique.

Etta sonrió maliciosamente y añadió:

—Señor detective privado secreto.

—Sí, porque sólo intervengo en casos que llaman mi atención —admitió él—. Es curioso, nunca pensé que un día… tuviese que ayudar a una mujer que entonces no poseía más que una vieja tienda en un pueblo perdido de la Sierra… Las cosas han cambiado mucho desde entonces, Etta.

—Sí, han cambiado —murmuró ella, melancólica—. Y lo peor de todo es que no volverán a ser como fueron…

—No mires al pasado, Etta —aconsejó él—. Si te cuidas un poco, estás aún en la mejor edad. Ya no eres una jovencita, pero tienes mucha experiencia y eso vale lo suyo.

Los ojos de la mujer se humedecieron.

—Tienes razón, no se puede mirar hacia atrás. —Se secó las lágrimas de un manotazo— ¡Budd, por todos los diablos!, ¿quieres decirme de una vez dónde están las joyas?

—Salieron de tu apartamento, pero no del edificio —contestó él.

Etta abrió la boca.

—Tú…, tú te burlas de mí…

—Hablo completamente en serio —aseguró Baxter.

Etta se levantó corriendo y fue a servirse un trago. Baxter sonrió.

Dejó pasar unos minutos. Luego, lentamente, abandonó la sala y entreabrió una puerta.

Millie Murphy, la doncella, acababa de colgar el teléfono y se volvió.

—Seguro que no se han creído lo que les acabas de comunicar —dijo Baxter, sin perder la calma.

—Están muy sorprendidos —contestó Millie—. Tanto como yo, puedo asegurárselo.

Capítulo XII

EL viento soplaba tenuemente en las alturas. La ciudad, un ascua de luz, se extendía a sus pies.

Baxter, agazapado en un lugar sombrío, aguardaba pacientemente. A su derecha tenía la caseta, con aspecto de fortín, donde se hallaban las maquinarias de los ascensores. Adosada a la pared, había una escalera de hierro, que permitía el acceso al tejado, llano, en forma de terraza y con un pequeño parapeto en todo su contorno.

En uno de los ángulos sobresalía un tubo de fibrocemento, de unos sesenta centímetros de diámetro. Había más: eran las salidas de aire de los distintos conductos de ventilación interna del edificio.

De pronto, se abrió una puerta. Dos figuras humanas aparecieron en la terraza. Baxter se mantuvo inmóvil.

Una de las figuras corrió hacia la escalera de hierro y trepó a la otra terraza. Se acercó al tubo de respiración, se empinó sobre las puntas de los pies y metió la mano en el interior.

En el mismo momento, surgieron otras dos personas, una de las cuales empuñaba un revólver provisto de silenciador.

—¡Quietos!

Junto al conductor de aireación, Tony Sanders se mantuvo inmóvil. Abajo, su padre, alzó las manos.

—Bien —dijo el del revólver—, ya las hemos conseguido. Tyler, sube a buscarlas.

—¡No están! —exclamó Tony.

—¡Vamos, vamos, no digas tonterías! ¡Anda, Tyler! /

Camden se encaminó hacia la escalera de hierro. Trepó y por la escalera y metió la mano en el conducto. A pocos centímetros de la boca había una rejilla de metal.

—¡Es cierto, Frisco! —gritó—. ¡Las joyas no están aquí!

—Muchacha, dinos dónde están las joyas o mataré a tu padre — exclamó, amenazadoramente.

Tony estaba a punto de echarse a llorar.

—Las dejé aquí la noche que las robé… Alguien se las ha llevado…

—¡No me vengas con cuentos, estúpida! ¿Crees que puedes tomarme el pelo impunemente?

De pronto, se oyó una voz tranquila:

—Ella tiene razón, Frisco. Las joyas no están. Hace rato que se las han llevado en helicóptero, junto con su dueña y Millie. Ahora están

en cierta residencia de Long Island… Por cierto, luego habré de ir a desatar a Beatón; también está allí, aunque encerradito en un sótano.

* * *

La mano de Frisco Bill tembló convulsivamente durante unos segundos.

—Usted lo ha adivinado —dijo al cabo.

—Sí —contestó Baxter sin pestañear.

—¿Cómo lo supo?

—Nunca se habló, al menos públicamente, de que hubiese habido otro hombre con Genny Tower, la noche en que éste saltó al vacío. Es cierto que Tony Sanders me lo dijo, pero resultaba lógico, ya que tuvo que defenderse del ataque sucesivo de dos sujetos que la aguardaban aquí. Uno de ellos eras tú y cuando viste que Tower volaba por los aires, pensaste que lo mejor era desaparecer sin dejar rastro.

—Nos equivocamos —admitió Frisco—. Habíamos pensado que resultaría mejor esperar aquí a la chica…

—Sí, y ella os haría todo el trabajo, claro. Aunque es cierto que Millie puso el narcótico en la leche de la señora Haldane, pero no para que vosotros pudierais entrar en el apartamento, como pensé en un principio, sino para facilitar la tarea a Tony.

—Budd, yo no hablé con ellos…

—Su padre, sí. El buen Edgar Sanders tiene un ligero defecto: se va de la lengua en cuanto ha tomado un par de copas de más. Su padre quería ayudarla en la venganza, pero, claro, él no podía descolgarse por la cuerda ni volver a trepar. Tuvo que buscar colaboradores y eligió pésimamente. Empezando por Leslie Arrowhead, quien fabricó la máscara de Miss Fantasma, por cuyo trabajo no cobró gran cosa, aunque admitió un cheque por seis mil dólares. El cheque era legítimo y el Banco se lo pagó luego a Arrowhead, pero éste, al dar la vuelta, entregó billetes fabricados en su sótano, los mismos billetes que fueron a parar a los bolsillos del incauto Sheen. Ahora bien, lo que no contaba Sanders era con las amistades de Arrowhead, entre las que figuraban una serie de hampones, encabezados por ustedes dos, pero, sobre todo por el buen Frisco Bill, el confidente ideal, hábil y discreto, que me hacía ir de un lado para otro, con falsas pistas, que solían acabar en lugares donde aparecía un muerto. Es evidente que ya había disensiones entre la banda, por lo que algunos consideraban un fracaso del plan, cosa que, en cierto modo, era verdad. Pero ustedes dos e, insisto, sobre todo Frisco, consideraban que la chica había escondido las joyas en alguna parte y que, tarde o temprano, iría a buscarlas. Como así ha sucedido, en efecto, sólo que las joyas han volado, y no es ninguna metáfora: han volado, pero al regazo de su

dueña.

—Camden, usted ha cometido también algún error —continuó Baxter—. Es cierto que conquistó a Millie, pero yo le hice ver claro y ella se puso de mi lado. Por eso les ha dado los informes que yo quería que recibiesen y no otros; y por eso les ha dicho que esta noche vendrían los Sanders a recoger las joyas. La señora Haldane habló por teléfono con Sanders y le propuso un arreglo, para recobrar las joyas. Sanders, naturalmente, no podía acceder, sin tener las joyas, y por ello vino a buscarlas con su hija.

—De modo que también a mí me han engañado —dijo Sanders, rencorosamente.

—No hay engaño: Etta le pagará lo acordado, aunque usted no le haya devuelto las joyas. Pero no tenía razón al querer robárselas; cuando le dio los títulos de propiedad a cambio de las deudas que tenía con ella, perdió todo derecho sobre sus terrenos uraníferos de Picoya City. Usted no supo aguantar y ella sí; ésa es la diferencia.

—Baxter, ¿qué más errores he cometido? —preguntó Camden, desde lo alto.

—Ellie May Horn. Sanders indicó a su hija que debía citar su nombre y hacerse pasar por la señora Horn, cuando contratase al piloto del helicóptero. Resulta que Ellie May y yo somos muy buenos amigos desde hace años. Y ella, claro, se acuerda de los cincuenta mil dólares que le estafó y ha querido tomarse el desquite. Sheen había hecho algunos vuelos con ustedes dos y sabía que la señora Horn pagaba muy buenas facturas; por eso accedió a tomar parte en el asunto, aunque sin saber de qué se trataba. A otra persona cualquiera no le habría aceptado un trabajo extraordinario, sin más trámite que una simple llamada telefónica. A veces, Sheen les llevaba a ustedes dos en su helicóptero a la finca de Long Island, ¿no es cierto?

—Lo sabe todo —masculló el aludido.

—Aún sé más —sonrió Baxter—. Por ejemplo, Beatón no pretendía realmente hacerle saltar por los aires con la dinamita. Sólo debía dejarse apresar y cantar, acusando al señor Sanders. Beatón estaba seguro de que yo no lo mataría, aunque sí pensaba en la posibilidad de un mal rato. Pero los tres mil dólares que había cobrado le convencieron de aceptar este pequeño riesgo. Ahora bien, cuando se enteró de que le habían pagado con billetes falsos, habló todavía mucho más de lo estipulado. Parecía completamente lógico que un antiguo minero como Sanders emplease la dinamita. Pero cometieron el error, o tal vez habían agotado los fondos y no les quedó otra salida, de pagarle con el dinero fabricado por Arrowhead. Beatón, claro está, se puso muy furioso. Y es que hay tipos que detestan los conflictos con el Tío Sam.

—De todos modos, no podrá repetir esto a nadie —dijo Frisco, con

acento lleno de hostilidad.

—Ahora no estás disfrazado de mujeres, como cuando liquidaste a Holbrook y a Peg Leg. Aunque me habías impulsado a hablar con ellos, en realidad los habías sentenciado. Era un plan en el que entraba demasiada gente y no convenía repartir entre muchos. Además, querían una parte mayor y, por si fuese poco, empezaban a impacientarse. Ellos habían financiado parcialmente la operación y querían cobrar buenos réditos. Como se dice vulgarmente, cobraron en plomo, como Arrowhead.

Baxter soltó una risita.

—Conque el instinto te decía que no era una mujer la autora de los asesinatos, ¿eh, Frisco? Realmente, era un detalle que contribuía mucho a la intriga del caso, aparte de que parecía lógico que fuese Tony la autora de esas muertes. Pero cuando la policía examine tu pistola, verá que las balas que causaron las tres muertes salieron por el mismo cañón. Estás perdido, Frisco, no tienes otra salida.

—¿De veras lo cree así?

—Absolutamente, sí.

En el mismo instante, Baxter ejecutó un velocísimo Ap-cha-ki, la patada en el aire, uno de los golpes del Karate volador. La puntera de su pie alcanzó la mano de Frisco.

El revólver se levantó, al mismo tiempo que emitía un débil chasquido. Arriba, en la terraza superior, Camden se llevó las manos al pecho, gritó un poco y, después, de inclinarse saltó fuera del parapeto, dando una vuelta en el aire antes de estrellarse contra el suelo.

Frisco se quedó aturdido, atónito por lo sucedido. Antes de que pudiera reaccionar, Baxter cayó sobre él y lo atontó de un seco golpe con el filo de la mano derecha.

—¡Vámonos! —ordenó.

Tony y su padre no se hicieron repetir la indicación,

—Pero Frisco despertará… —alegó la chica.

—La policía llegará antes —afirmó Baxter, rotundamente.

Cuando bajaban en el ascensor, Baxter miró al padre y a la hija.

—La señora Haldane cumplirá su palabra —dijo—. Vengan a verla mañana. Usted, Sanders, procure resignarse; Etta no tiene la culpa de que usted se desanimase y abandonase Picoya City poco antes de que llegase el prospector de uranio.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—En cuanto a usted, Tony, abandone esas locas ideas. Una vez ha tenido suerte, pero no siempre puede esperar que todo le salga tan bien como hasta ahora. ¿Ha comprendido?

—Sí —respondió ella—. Pero ¿cómo supo que las joyas estaban

aquí?

—Hablé con Sheen y lo interrogué a fondo. Etta me dio también indicaciones del volumen de las joyas. Usted no llevaba una bolsa de medianas dimensiones ni al abordar el helicóptero ni al dejarlo en el lugar acordado. Entonces, subí a la terraza y empecé a buscar.

Tony suspiró.

—Es cierto —admitió—. Las dejé caer en el respiradero, cuando ya tenía el helicóptero sobre mi cabeza. Mi padre y yo decidimos dejar pasar un tiempo prudencial…

—Habrían conseguido muy poco dinero por las joyas. Ustedes no conocen bien esta ciudad; han sido cándidas palomas en las garras de unos gavilanes sin escrúpulos. Regresen a California, compren detectores Geiger…

—Budd, ¿volveremos a vernos? —preguntó Tony.

Baxter hizo un gesto negativo.

—Creo que no nos conviene —respondió.

* * *

—De modo que eso es todo —dijo Gray, después de que Baxter le hubo relatado el final del caso.

—Sí, pero no te preocupes: Etta me ha entregado un sustancioso cheque. He tenido muchos gastos, ¿comprendes?

—Bueno, mientras no toques los fondos de la agencia… puedes seguir haciendo el quijote, ayudando a damas desvalidas, persiguiendo criminales sin escrúpulos… Yo debo ser más prosaico, no tengo tiempo para fantasías.

—La fantasía anima la existencia, Denis —dijo Baxter, sentenciosamente.

—Es posible —contestó Gray displicentemente—. Por cierto, esa chica tomó el papel de Miss Fantasma. Pero ¿qué ha sido de la auténtica? ¿Dónde está Thea von Kappera?

—No lo sé, sinceramente, lo ignoro, Denis.

La pantalla se apagó y Baxter salió del cuarto de comunicaciones. Entonces vio a Koye en la puerta.

—Es mi tarde libre, señor —dijo el criado—. ¡Ah, lo olvidaba! Tiene una visita. Les dejo solos, señor.

—Tim, pero ¿quién…?

—Miss Fantasma, en persona —sonó, de pronto, una cristalina voz de mujer.

Baxter dio un leve rodeo y se situó al otro lado del enorme sillón de orejas, en el que se hallaba sentada una hermosa mujer, vestida con singular elegancia. De pronto, la reconoció.

—Me pidió fuego hace días —exclamó.

—Así es —confirmó ella, jovialmente—. ¿Se extraña de verme en su casa? ¿Cómo es posible que haya olvidado que yo también soy cliente de su agencia?

—No recuerdo su nombre…

—Los recortes se envían a nombre de Ilse Schmidt, en Zurich. Pero soy Thea von Kappera.

—Oiga, esa cara…

—He estado casi un año internada en una clínica, bajo ese nombre, claro. El director era íntimo amigo de mi padre y guardó el secreto. El comprendía muy bien las razones por las cuales robé a seis mujeres.

—Dos millones de dólares, señorita Von Kappera.

—Llámeme Thea, por favor —pidió ella, con hechicera sonrisa—. ¿Se nota la mano del cirujano?

—En absoluto; es su rostro auténtico… Un prodigio, créame.

—Gracias. Le diré una cosa; esas seis mujeres merecían de sobra perder sus joyas y aún toda su fortuna. Ellas arruinaron a mi padre y le hicieron quebrar. Habían formado una sociedad…, pero esto es demasiado largo de contar. Sólo le diré que, en su género, eran seis arpías y que ninguna de ellas puede alardear de respetar la ley: ya sabe, contrabando de divisas.

—Pero el accidente…

—Las había reunido a todas y me lanzaron por un despeñadero. De no haber tenido ciertas habilidades, me habría matado. Ellas, sin embargo, me abandonaron por muerta.

—Thea, como sea, usted les robó…

—Han recobrado las joyas en secreto, pero han pagado un veinte por ciento de su valor. Era lo menos que podía pedirles.

Baxter hizo un gesto ambiguo.

—Hay formas de pensar sobre un mismo asunto —dijo—. Pero ¿qué hace en Nueva York?

—El golpe de la falsa Miss Fantasma resultó muy ruidoso. Me intrigó y quise saber quién había tomado mi puesto. Usted me lo dirá, sin duda.

Baxter contempló críticamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Thea parecía sincera. Y, a fin de cuentas, él no era quién para juzgar sus actos presuntamente delictivos.

—Se lo contaré con mucho gusto —accedió.

Thea se puso en pie. Era alta, hermosa como una walkyria, de pecho firme y largas piernas.

—No tengo ninguna prisa —dijo—. Podríamos salir a cenar…

—¡Salir a cenar, qué tontería! —se escandalizó Baxter—. Con lo

fácil que resulta abrir unas latas de conserva. Hay champaña en la nevera… ¿Necesitamos más?

Thea rió suavemente. Avanzó un paso.

—Creo que va a resultar una velada muy interesante —dijo.

Baxter salió a su encuentro.

—¿Necesitas fuego? —preguntó.

—Creo… que ya estoy ardiendo —contestó Thea.

Dejó que el hombre la abrazase. Después de un largo y prolongado beso, Baxter la miró y emitió una larga sonrisa.

—No eres un fantasma —dijo.

—Soy una mujer —respondió ella.

F I N

¡NO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO EN MÍ?



¡LORENA!

SÓLO TENÍA UNA ALTERNATIVA: ¡HUNDIRSE EN EL VICIO!
UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODAS LAS MUJERES, ESCRITO POR SU AUTORA PREDILECTA:

Corín Tellado

CÓMPRELO TODAS LAS SEMANAS, POR SÓLO 35 PESETAS, CON GRAN CANTIDAD DE FOTOGRAMAS DE LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS!
Y ESCÚCHELO, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 73 EMISORAS DE LAS CADENAS REM - CAR Y CES. ¡A LA HORA DEL SERIAL!
UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.